

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**ÚRSULA MICAELA MORATA
EXTRAORDINARIA MÍSTICA**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: SU VIDA

Primeros años.
Favor especial de la Virgen.
Deseos de casarse.
No quería confesarse.
Sueño de la realidad.
Oración con 16 años.
Vocación religiosa.
Dificultades para ser religiosa.
Tentaciones y alegrías.
Entrada al convento.
Noviciado.
Religiosa profesa.
La riada de San Calixto.
Generosidad de los jesuitas.
Gracia del bautismo.
Incendios de amor.
Caricias de Jesús.
De nuevo la riada.
Dolores y gozos.
Treta del confesor.
La primera que falleciese se aparecería a las otras.
Fundación del convento de Alicante.
Nuevos inconvenientes.
La hija del bienhechor.
Purgatorio de una religiosa.
Construcción del nuevo convento y ella abadesa.

SEGUNDA PARTE: CARISMAS

Profecía. Bilocación.
Amor a Jesús Eucaristía.
El ángel custodio.
Transverberación.
Esposa de Jesús.
Cambio de corazones.
El demonio.
Conocimiento sobrenatural.
Almas del purgatorio.
Valor de la limosna.
El Señor le manda pedir por una bienhechora.

Muerte de su hermana Sebastiana.

Los pecadores.

PRIMERA TERCERA: MÁS ALLÁ DE SU MUERTE

Su muerte.

Maravillas después de su muerte.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de Úrsula Micaela Morata es la de una santa mística de primer orden. En ella se manifestaron los principales carismas que tuvieron también los más grandes santos de la Iglesia. Tuvo muchos éxtasis. Su corazón estaba continuamente encendido con un gran fuego de amor a Dios. Tuvo la gracia del cambio de corazones con Jesús y llegó al matrimonio espiritual. Fue muy especial su don de conocimiento sobrenatural del interior de los corazones de otras personas. También tuvo bilocaciones y destacó en grado especial en la ayuda a las almas del purgatorio. Muchas se le presentaban después de muertas para pedirle sufragios y en muchos casos, con el beneplácito de su Superiora o de su confesor, se ofrecía a padecer en su lugar para que salieran lo antes posible del purgatorio.

Además de todos sus carismas, tuvo la gracia de ser la fundadora del convento de capuchinas de Alicante. Es digno de anotarse que a lo largo de toda su vida, cuando tenía problemas o tentaciones, acudía siempre a su amado esposo Jesús, y a María, su madre amantísima, para pedir luz y orientación sobre cómo guiarse.

Ciertamente es muy hermoso leer detenidamente su vida y observar cómo Jesús está vivo entre nosotros y, a pesar de permitir al demonio que nos tienta, siempre está presente en nuestras luchas para ayudarnos; y lo mismo nuestra madre la Virgen. Algo destacable es que continuamente recibía orientaciones de Jesús por medio de locuciones interiores o en apariciones o visiones.

En una palabra, su vida es un ejemplo de amor a Dios y una guía para nuestros pasos hacia un amor más profundo a Dios y a los demás. Por otra parte, no olvidemos que ella, al igual que todos los santos, fue un modelo a seguir y a la vez confirma nuestra fe en todas las enseñanzas que la Iglesia nuestra madre nos enseña y que ella comprobó por experiencia.

Nota.- A se refiere a la Autobiografía de Úrsula Micaela Morata, Alicante, 1999. *Panegírico* hace referencia al panegírico predicado por el canónigo Isidro Sala en los funerales de nuestra venerable e impreso en Orihuela a los pocos días de su muerte en 1703.

PRIMERA PARTE SU VIDA

PRIMEROS AÑOS

Úrsula Micaela Morata nació el 21 de octubre de 1628 en Cartagena (España). Sus padres fueron Marcos Aurelio Morata e Iscaya, italiano que había arribado a la Corte española para despachar importantes negocios, estableciéndose en 1600 en Cartagena. Se casó con la joven madrileña, de ascendencia italiana, Juana Garibaldo. Tuvieron 13 hijos, cinco varones y ocho mujeres. Úrsula fue la última de todos. Le pusieron por nombre Úrsula por haber nacido el día de santa Úrsula. La bautizaron el 1 de noviembre y a los tres años murieron sus dos padres con una diferencia de diez días.

Ella nos dice: El día de la Ascensión murió mi mamá, al otro día, llevándola a enterrar, me salí a un corredor. Fatigábame el hambre y juntamente me hallaba con un desamparo y soledad de todas las cosas creadas que no tuve ánimo de pedir nada. Alcé los ojos al cielo y, movida de una fe y confianza tan grande que no me es posible poder explicar, me hizo decir en alta voz: *Dios mío, tengo hambre y mi madre se ha muerto y no tengo a quién pedir pan. Tú eres mi padre y madre y todo mi bien. En ti tengo todo mi consuelo, que ya no tengo nada en la tierra. Dame, pan, Dios mío.*

No faltó quien me estuviese escuchando. Solo me acuerdo que me tomaron en los brazos y me llevaron a mi hermana mayor y todos los de casa celebraban mucho lo que habían oído. Yo me afligí y comencé a llorar. Diéronme muchas cosas, así de dinero como cosas de comer. Siendo de esta misma edad, de allí a unos pocos días, después de la muerte de mis padres, llevándonos a una heredad de una prima mía, me pasó que estando a las tres de la madrugada sentada al pie de una cruz, que está enfrente de la Ermita de san José fuera de la ciudad, con unos sobrinos míos, aguardando a mis hermanas y primas para proseguir el camino, yo, llevada del cariño de mi madre, alcé los ojos al cielo, que hacía hermosísima luna, y vi a una señora de extremada belleza que no me es posible declarar con palabras su hermosura. Venía por el aire con los brazos abiertos, queriéndome coger en ellos. Yo, como criatura ignorante de lo que veía, comencé a gritar y a decir que, si veían a mi madre como yo la veía, que a mí me pareció que lo era. Mas no fue sino la Madre de misericordia, que venía a tomarme por su hija y a hacer oficio de madre ¹.

¹ A p. 2.

Dioséme entonces conocimiento de lo bueno y de lo malo y desde esta edad tuve uso de razón. Mas también conozco que he usado mal de ella, dejándome llevar de mi mal natural colérico y pronto.

Quedáronme de esta misericordia, grande amor y ternura a la Reina del cielo y siempre que la oía nombrar o veía su imagen, se me deshacía el corazón en de mi Señora y madre.

Siendo de edad de cuatro años tuve una enfermedad de viruelas, que estuve muy a los últimos de mi vida. Dióme un paroxismo que estuve, a mi entender, sin sentidos veinticuatro horas, poco más o menos.

Lo que en este tiempo gozó mi alma no es posible declarar. Mas diré algo de lo que alcanzare con mi corta capacidad. Halléme en una inmensa claridad y luz divina que sin ofrecirme objeto ni imagen alguna a la vista, gozaban las potencias y sentidos, que a mi parecer parecía estaba ya en la gloria. Diéronme inteligencia de aquel ser divino de mi Dios cuán digno era de ser amado, cómo había de aborrecer todo lo que no era Dios, y conocimiento de las cosas de esta vida miserable cuán engañosas y falsas eran, pues sólo había de poseer mi corazón mi divino esposo, y no había de haber otro amor de criaturas en él.

Volviendo en mis sentidos, tan alentada me reconocí que no parecía que había tenido mal. Sentéme en la cama, y comencé a decir a una hermana mía que estaba muy afligida por la muerte de mis padres, que el verdadero padre era Dios, que a Él sólo habíamos de tener en el corazón, que verlos en Dios y por Dios. Saquéle algunos ejemplos para su consuelo, quedándose admirados de ver lo que decía, conociendo no era mío sino enseñado de la divina sabiduría ².

Siendo de 6 años, viniendo un día de la labor, que eran las oraciones al entrar en casa, vi una nube muy hermosa y en ella a su divina Majestad crucificado. Y como la veía con los ojos corporales, tuve miedo de entrar sola. Llamé para que bajasen por mí, pero no dije nada de lo que había visto que como estaba advertida de la Virgen, mi madre y Señora, que había de callar, observaba el precepto y mandato. Me dio su divina Majestad a entender en esta visión cuán crucificada había de estar con él en la cruz y el camino de trabajos y penas fue como el de mi esposo. Se quedó estampada la imagen del Cristo en mi corazón.

Diéronme grandes ansias de padecer y hacer penitencias, pero como no tenía capacidad ni ahora la tengo, callaba mis deseos y no los ponía en ejecución

² A p. 3.

ni decía nada nadie. Desde esta edad de 6 años empecé a ayunar las Cuaresmas y los viernes y sábados a pan y agua ³.

De esta edad empezó el enemigo a aparecérseme en forma de mono que venía de noche a espantarme: iba andando por las cortinas de la cama. Despertaba a mi hermana y le decía que no se durmiese que tenía miedo. Mas no me acuerdo si le dije algo y la causa de mi miedo, porque le veía yo corporalmente.

FAVOR ESPECIAL DE LA VIRGEN

Siendo de edad de once años fue su divina Majestad servido de hacerme esta misericordia: estando un sábado oyendo misa de nuestra Señora en el convento de san Agustín, vi con los ojos corporales que salía una luz de nuestra Señora. Y temiéndome no fuese algún descuido del sacristán, le llamé y le dije que quitase aquella luz de allí, que se podía quemar el manto de la Virgen.

Fue a reconocerlo y me dijo cómo no había nada. Después tuve inteligencia de nuestra Señora y Madre mía de la luz que por su medio había de tener en el camino de la vida espiritual y las grandes misericordias para la vida espiritual, que, por esta Señora, había de recibir de la divina Majestad.

Quedé más cariñosa y agradecida. Aumentóseme la devoción y afecto que le tenía en quererla y amarla más y servirla ⁴.

De esta misma edad permitió mi Dios me tentase el enemigo por medio de un pariente mío con palabras no decentes. Me perseguía. Era de poca edad como yo y estábamos en una casa por estar en casa de una prima hermana mía. que estuve un año. Lo que en ese tiempo padecí solo mi Dios lo sabe, que me dio fuerzas para vencer tan fuertes combates. Viéndome mi hermana, a quien tenía por madre, la poca salud que tenía, pensando que era de sentimiento de estar fuera de su casa, habiéndome apartado de su lado por haber tomado estado de casada en este tiempo, volví a casa de mi hermana.

Siendo de 12 años comencé a divertirme y dejarme llevar de las locuras del mundo entibiándome en mis deseos de ser religiosa. Y pareciéndome bien el estado de casada que muchos santos lo habían sido, bien podía componerme e ir como las otras iban, pues no llevaba mala intención; bien podía ponerme gala para parecer bien, poco a poco dejándome llevar del buen humor que gasta la

³ A p. 4.

⁴ A p. 5.

gente moza, de la chanza y entretenimientos, del apetito de comer, aunque no dejé los ayunos y devociones, en particular la de nuestra Señora. Padecía muy grande tormento todo el tiempo que me dejé llevar de estos divertimientos, ya que la pena interior que padecía era tal que me quisiera hacer pedazos porque esta tentación de la irascible (que yo era) solo la tenía contra mí, que con los demás me mostraba muy gustosa y apacible ⁵.

Cuando padecía más era cuando me componía el pelo, que era lo mejor que tenía y me lo alababan mucho, queriéndolo rizar y componerme. No era posible llegar a la cabeza, ni podía levantar los brazos, que parecía me los tiraban fuertemente. Aquí era mi cólera y rabia, mordíame las manos, tirábame de los cabellos, volvía la cabeza a ver si había alguna persona que me impidiese; mas no hallaba a nadie. Volvíame contra el enemigo, pensando que él lo hacía para que tomara impaciencia. Decía entre mí: *¿He hecho yo algún voto de castidad?* Pues no habiéndolo hecho, ¿por qué no me puedo poner lo que es lícito a las demás? ¿Por qué no me es lícito a mí?

Mas como no tenía la luz, que ahora tengo, pasaba por todas estas cosas en silencio y no las comunicaba al confesor como debía hacerlo y tomar su consejo.

DESEOS DE CASARSE

Como me guiaba por mi mal parecer, me iba precipitando cada día más, admitiendo la voluntad y deseos de un pariente mío significándome un día los intentos que tenía de casarse conmigo. Yo los admití con afecto porque me le inclinaba; y más por su virtud que, aunque estábamos siempre juntos y nos veían hablar, nadie hacía reparo de ello. Mas no hablábamos cosa que no fuese de mi Dios y del aprovechamiento de las almas.

En este tiempo, eran grandes los temores que llevaba de no ofender a su divina Majestad. Hacía muchas devociones a nuestra Señora, pidiéndole me alcanzase de su Majestad no hiciese nada contra su santísima voluntad, que apartase de mí todo aquello que no era de su gusto.

Sentía algunas reprensiones de la Reina de los Ángeles, mas nunca acababa de dar en la cuenta y resolverme a dejar mi locura.

Cansado ya mi Dios del hielo de mi ingratitud y mala correspondencia, siendo de edad de quince años, estando un domingo de Cuaresma asomada a un balcón mirando a la calle, mientras me hacían de merendar, sin saber lo que

⁵ A p. 6.

hacía, volvíme de espaldas a la calle, y alcé los ojos a mirar un cuadro de un Ecce Homo muy lastimado.

Miróme con unos ojos tan severos y airados que me pareció que estaba vivo, pues me derribo en tierra y caí como muerta y díjome con gran severidad en lo interior de mi alma: ¿Hasta cuándo me has de ser ingrata? ¿No sabes las misericordias que te he hecho y que te quiero para mí? ¿Cómo obras al contrario? ¿No sabes que te puedo quitar la vida y castigarte como mereces?

Dile palabra de volver a los principios y deseos que tenía de ser religiosa y dejar las vanidades de este mundo.

Comencé a padecer grandes contradicciones así de las criaturas como de los enemigos. Aunque es verdad que quien menos me dio que entender fue mi sobrino, que era con quien me quería casar, hijo de una prima hermana mía que, como tengo dicho, era muy virtuoso. Poco hube menester para atraerle a mi sentir. Estando un día solos los dos hablando de Dios y de los medios que habíamos de tomar para amarle y servirle, yo, poco a poco, le fui entrando con mi intento.

Díjele si quería que nos resolviésemos a ser santos.

Él me respondió que sí.

Díjele: pues, para empezar a serlo, paréceme será lo mejor entrar en la religión y la voluntad que nos tenemos emplearla en mi Dios.

Y él me respondió que no, que me dejase de eso, que bien podíamos ser santos, casados. Mas yo le persuadí que se rindiese a mi sentir. Díjome que sí, mas que había de ser con condición, que me había yo de entrar primero y, que me lo ofrecía, ponerse él de clérigo, y que, en profesando yo, se metería religioso.

Cumplióme en todo la palabra que me dio. Y mucho mejor cumplió la que dio a su divina Majestad de ser todo suyo, que me es de gran consuelo el verle tan aprovechado en el camino de la perfección y cuán buen religioso es ⁶.

NO QUERÍA CONFESARSE

Procuraba mortificarme en la comida con toda disimulación. Mas no pude hacerlo como quería. Echándolo de ver mi hermana, dio en cuidar de mi regalo y hacerme comer. Yo más lloraba que comía y más si era de regalo lo que había de comer; además de haberme quitado el gusto su Majestad en lo que

⁶ A pp. 7-8.

comía, me ponía impedimento en la garganta que no me era posible pasar bocado. Y esto me persevera hasta hoy que, si no me da mi Dios licencia o me la mandan los confesores, no puedo.

Tenía grandes ansias de soledad. Retirábame y sentía mucha dulzura en mi alma. Y por otra parte sentía resistencia a la oración y emprender el camino de la virtud. Todo esto lo pasaba en silencio y no decía nada ni buscaba los medios para salir de esas luchas y penas que padecía.

Dióme salir de ellas su divina Majestad por medio de una hermana mía, que se confesaba en el convento de los descalzos. Hacíame grandes instancias para que me confesase. Mas yo le resistía, diciéndola que me temía que el confesor me había de hacer quitar la gala y que tratase de espíritu. Asegurábame diciendo que bien veía la gala que ella traía y nunca le había dicho palabra de que se lo quitase.

Yo me alenté con eso y determinóme de irme a confesar para ganar el jubileo de la Porciúncula. Entréme a confesar y después de la confesión me dijo el confesor que tuviera oración. Yo me quedé admirada, viendo que había conocido mi resistencia. No me podía presumir se lo hubiese dicho mi hermana, porque no trataba de espíritu.

Fuíme a comulgar y, estando hincada de rodillas para recibir a su divina Majestad, me cubrí de un sudor frío y se me puso la iglesia oscura, iba perdiendo los sentidos. Sacáronme aprisa de la iglesia, tuviéronme un rato echada hasta que me sosegase. Era mucha la pena y tormento que padecía mi interior ⁷.

SUEÑO DE LA REALIDAD

Estando una madrugada durmiendo, soñé que a un sacerdote, muy conocido de casa, le había dado una apoplejía, que dentro de tres días había de morir. Lleváronme en sueños a verle y me lo mostraron muerto y en el entierro que le habían de hacer.

Quién me llevó, no le conocí. Díjome: mira en lo que paran las cosas de esta vida. Este, que estaba en lo mejor de su salud y no pensaba morir tan aprisa, cuando menos lo pensaba le ha cogido la muerte. ¿Qué aguardas a resolverte, pues cuando menos te lo pienses, puede venir por ti?

⁷ Ap. 9.

Desperté afligida y llorando de mi omisión y culpa que tenía de no acabar de resolverme y dejarme a mí y buscar a mi Dios. A este tiempo despertó mi hermana la mayor, porque dormía conmigo, y preguntóme la causa de mi llanto. Yo le respondí lo que había soñado. Pero no le dije lo que me habían dicho.

Cumplióse todo como lo dije y me fue mostrado aquel mismo día, que era a veintiséis de diciembre, el segundo día de la Pascua de Navidad, y pasados los tres días murió.

Llevóme mi hermana al entierro diciéndome, ya que todo lo que me has dicho se ha cumplido, también se ha de cumplir, con que lo veas, el entierro. Fui a él y todo se hizo como fue mostrado ⁸.

Hice voto de no ponerme más gala ni traer cosa de seda en mi persona y resistirle todo lo posible a mi hermana, aunque sujetándome a su obediencia, que la tenía en lugar de madre.

ORACIÓN CON 16 AÑOS

En este tiempo con 16 años ya tenía oración como mi confesor me tenía dispuesto, aunque no podía meditar como me tenía dicho que meditase en un paso de la pasión. No podía discurrir en tenerle presente en la imaginación.

Poníame delante de un Cristo crucificado, sentía sus efectos en mi corazón, suspendiéndoseme los sentidos y potencias, anegadas en aquel mar inmenso de su divino amor, que le obligó a pagar por mí la deuda que yo debía por mis pecados. Aquí era tan grande el dolor que tenía de haber ofendido a mi Dios y Señor, que quisiera dar mil vidas por su amor.

Estos dos afectos llevaban mi alma tan absorta y suspendida en mi querido esposo que todo el día era una continua oración. No podía oír hablar de Dios y menos leer, porque luego me suspendía.

Esto me daba pena por ser muchas veces en público. Dábale cuenta a mi confesor. Mandábame que no me resistiese, que me dejase llevar del divino espíritu, que cuando me viniesen estas suspensiones en público, dijese que tenía sueño ⁹.

⁸ Ap. 11.

⁹ Ap. 11.

VOCACIÓN RELIGIOSA

En este tiempo eran grandes las ansias que tenía de ser religiosa. Hacía algunas devociones a mis santos devotos, en particular a san Juan Evangelista, santa Úrsula, san Pascual Bailón. De todos recibí particulares favores en la oración, asegurándome tendría el cumplimiento de mis deseos. Sentía en lo íntimo de mi alma una particular asistencia con una luz divina en que me daban a entender se cumpliría la voluntad de su divina Majestad en que fuese religiosa. En particular, san Pascual Bailón me aseguraba sería de las del hábito de sayal, y remendado, como el que el santo traía. Como yo no sabía que tales monjas hubiese, me causaba confusión por ignorar el cómo había de ser. Mas nunca me faltó la certeza y confianza de que lo había de ser, pues esto me obligó a decirle a una doncella muy virtuosa que deseaba ser religiosa, que estuviese cierta, que adonde fuese a serlo, iría yo. Quedóse muy admirada de ver lo que le decía y más viendo que no le había hablado en mi vida; aunque era de Cartagena, no nos tratábamos. Cumplióse esto como su Majestad me había dado a entender.

Estando un día mi confesor, en visita, en casa de una prima mía, preguntéle si había religiosas que tuvieran el hábito de sayal como el que trae usted: era religioso descalzo del convento que hay en Cartagena, de san Diego. Respondióme que sí, que había religiosas capuchinas y que, en Murcia, se hacía fundación de lo que yo tanto deseaba.

Sentí un gozo muy grande en mi alma comunicándome la divina Majestad luz y conocimiento de que había de ser monja en este convento. Y lo dije a los que estaban presentes, que me ponían dificultades, mirando mis pocas fuerzas, diciéndome que no podría llevar vida tan áspera y penitente ¹⁰.

DIFICULTADES PARA SER RELIGIOSA

Poníame mi hermana temores con mi poca salud, que cada día estaba con dolor de hijada y calenturas y continuo dolor de cabeza. Mas como yo sabía la causa de mi padecer, que era haberle pedido a su divina Majestad, llevada de los grandes deseos de padecer algo por su amor, que me diese alguna cosa en qué padeciese y sentir algo de sus dolores, por esta causa no hacía caso de los dichos de las criaturas.

Tomó otras contrariedades más fuertes el enemigo para apartarme de mi vocación, tomando por medio a las personas espirituales, en particular un religioso, que no le había hablado en mi vida. Encontrándome un día en la calle,

¹⁰ A p. 13.

que me iba a confesar, me dijo si era yo la que quería ser religiosa. Respondíle que sí.

Dijo que mirase lo que hacía, que no estaba la gracia en comenzar bien, sino en acabar bien; que Judas se condenó en el apostolado de Cristo, que mirase no me sucediese otro tanto.

Levantóse grande guerra en mi alma de tentaciones que por todos los modos que podía me la hacía. Iba con todo a mi confesor y me alentaba mucho diciéndome que no hiciese caso, que todas eran trazas suyas (del enemigo) para quitarme la vocación.

En este conflicto, acudí a mi madre la Virgen soberana. Y decíame en lo interior de mi alma: quiétate que se cumplirá la voluntad de mi Hijo en que seas religiosa y no saldrá el enemigo con lo que pretende.

Quedó mi alma quieta y pacífica con estas dulces y amorosas palabras, aunque no dejó de hacerme guerra el enemigo, Mas nunca pudo apartar de mi corazón esta firme confianza ¹¹.

TENTACIONES Y ALEGRÍAS

Muchas veces padecí tentaciones contra la castidad y la fe. Aparecíaseme el enemigo en forma tan fea y espantosa que casi me hacía perder los sentidos, aunque no los perdía del todo, violentábame a que pronunciase palabras contra las verdades del Credo. Yo me hacía cruces en el corazón, porque mi querido esposo me enseñaba del modo con que me había de defender de esta bestia infernal. Mas él, viendo que por esta parte no podía apartarme de lo que pretendía, dio por otro lado, oyendo con los oídos corporales que si no me iba de la oración, me había a quitar la vida. Y no eran sólo las voces que me daban, era también grande ruido de gente armada, que, según el estruendo y alboroto que traían, parecía que venía todo el infierno sobre mí.

Yo, medrosa y cobarde, me iba y dejaba la oración y determinéme a dejarla del todo, pues tanto padecer me causaba el tenerla. Pero no me dejó su Majestad que pasase adelante con esta resolución, inspirándole a mi confesor me preguntase que cómo callaba y no le daba cuenta de la oración. Respondíle cómo la había dejado por lo mucho que padecía en ella.

¹¹ Ap. 14.

Mandóme en virtud de santa obediencia que tuviese cada noche una hora y que, aunque les viese con los ojos corporales que venían a quitarme la vida, les dijese que mi padre espiritual me ha mandado que primero dé la vida antes que me aparte de la obediencia. Si tenéis licencia para quitármela aquí estoy.

Determiné a obedecer, aunque el natural como flaco y miserable temió. Llegada la hora de la oración me dio un sudor frío: parecía que los huesos se me descoyuntaban y apartaban unos de otros, manifestándose los enemigos con mayor furor y rabia contra mí. Perseveré constante en la obediencia y venció mi Dios por mí; pues, a la tercera noche, me hallé quieta y sosegada, gozando de los dulces amores de mi esposo, regalándome como siempre en la oración.

El día de Pascua de la Resurrección, a las dos de la mañana, estando en oración, sentí particular asistencia de su Majestad resucitado en lo interior de mi alma, comunicando en ella la gloria de su resurrección. Vi con los ojos corporales una luz tan hermosa que parecía que era mediodía, tanto que me corrí, pensando que me había visto estar en la oración quien más me temiera, de mi hermana, que dormía conmigo. Mas dióme inteligencia mi querido esposo que este favor sólo era para mí tan sin merecerlo yo.

El 29 de junio de 1644 estaba muy afligida, porque hacía algunos días que no había recibido a su Majestad sacramentado. Oyendo misa, al tiempo de alzar la hostia, sentí que se me abrazaba el corazón con deseos amorosos de recibirle sacramentado. Quedé como fuera de mí y toda el alma suspensa y abrasada en el fuego del divino amor de mi Dios sacramentado, que dentro de mi alma sentía como si le hubiera acabado de recibir. Quedé consolada en mis deseos y agradecida a las finezas de mi divino Señor, que tan liberal y enamorado se muestra con criatura tan ingrata como yo.

Aumentáronseme los deseos de ser religiosa. Y sabiendo como estaban las madres capuchinas en Murcia, díjele a mi hermana, la mayor, que negociase mi entrada en religión. Púsome dificultades. Y la mayor era el no querer que me apartase de su compañía, diciéndome que no le diese tal sentimiento y desconsuelo; después de haberme criado, quererme apartar de sus ojos, que no era posible poder estar sin mí porque me amaba ternísimamente. Y yo le correspondía con la misma fineza; mas como conocía que se la debía tener más a mi querido esposo que a la criatura, no era bastante para entibiar mi vocación.

Diéronme unas calenturas de la pena y desconsuelo de ver la fortaleza de mi hermana en no querer que fuese religiosa. Hacíame remedios para alivio de lo que padecía. Díjele que no tendría alivio con nada hasta que me concediese lo que le pedía.

Determinóse a hacerlo, conociendo era la voluntad de Dios, habiéndoselo dicho mi confesor y otras personas espirituales, asegurándole tendría salud y profesaría ¹².

ENTRADA AL CONVENTO

Como me vieron con tan buena salud y conociendo la causa de lo que me tenía sin ella, negociaron el que viniese a Murcia a pedir el hábito de religiosa. Salí con mi hermana Sebastiana de Cartagena a dieciocho de octubre de 1645, día del glorioso evangelista San Lucas.

Llegué este mismo día a Murcia. Cumplí en este mismo mes, día de santa Úrsula, los diecisiete años de mi edad.

Cuando pensé que había acabado con las dificultades, comencé a padecerlas de nuevo. Viniendo a pedir el hábito, me despidieron las madres capuchinas, diciendo que no era posible dármelo por entonces, que me volviese a Cartagena.

Yo, confiada en la palabra de su Majestad, dije a la madre abadesa que era la venerable madre sor María Angela Astorch: “No, madre mía, no dejé mi tierra para volver más a ella”. Ahora ha de ser. Alegróse mucho de ver mi resolución.

Detuviéronme tres meses haciéndome pruebas de la vocación. El demonio me las hacía por otra parte, apretándome con una tentación de que me había de condenar si era religiosa, poniéndome en la imaginación las grandes ocasiones que había de tener para perder mi alma.

Con esto y las dificultades que me ponía para mi entrada en la religión, me afligía mucho. Acudí al remedio y consuelo de todas mis penas, a la divina Majestad. Socorrióme en mi desconsuelo con unas dulces y amorosas palabras que, en lo interior de mi alma, me dijo: “No temas que presto tendrás todo lo que deseas”.

Con estas palabras quedé confortada y fortalecida pura padecer y firme en las esperanzas de conseguir lo que tanto deseaba. Cumplióse luego esta promesa moviendo los corazones de las Madres para que me admitiesen en la religión.

¹² A pp. 15-17.

Llegóse el día tan deseado para mí de entrar en la Religión, que fue domingo a catorce del mes de enero de 1646, octava de Reyes. Y saliendo la comunidad en procesión como se hace siempre para recibir las novicias, llevando un Cristo delante, alcé los ojos para mirarle, y apenas me postré para besar sus divinos pies, cuando reconocí tan herido mi corazón de su ardiente amor, que no es posible declarar con palabras lo que mi alma sintió con la comunicación de sus celestiales influencias.

Fue mi maestra la venerable Madre sor María Ángela Astorch; luego que entré, me preguntó si tenía oración. Yo le dije que no sabía qué cosa era tenerla, que a ser enseñada venía, que me dijese cómo le había de tener. Díjome lo que había de hacer para tenerla. Hacía lo que podía y no me era posible poder meditar, sino ir por el camino que Dios me llevaba ¹³.

NOVICIADO

La Madre Angela Astorch, habiendo otras novicias no se señalaba tanto como conmigo en mortificarme y tratarme con rigor. Enviábame a la cocina mandándole a la religiosa que en ella estaba, que me ocupase en las cosas de más trabajo y humildes, que me despertase y avivase que parecía que en vida estaba muerta. Dábame asperísimas reprensiones, en particular, cuando estaba en comunidad. Y, cuando estaba en la oración, me enviaba a la cocina y me mandaba hiciese lo que habían de hacer las hermanas y que a ellas las enviase al coro.

Nada de todo esto era bastante para despertarme del dulce sueño en que estaba. En la cocina y en las ocupaciones sentía más los cariños y regalos de mi esposo. De esto me nacía el estar alegre y gustosa.

Hacíame que despertase a maitines todas las noches y por eso no dejaba de decirlos. Con la comunidad en el coro, enviábame a acostar la hora de la oración que tenemos después de los maitines. Aunque me iba, no dejaba de tenerla.

Estando una noche en la oración, afligida, ocasionaba mi aflicción el haberme dicho mi venerable Madre que me habían de echar de la religión, porque no estaban contentas conmigo, porque no era a propósito para ella; aunque conocía era la verdad, me era mayor el sentimiento el ver que por mi culpa había de perder tanto bien.

¹³ A pp. 17-19.

Estando con esta pena en la oración, quejábame amorosamente a mi querido esposo. Consolóme en mi aflicción, apareciéndoseme en visión imaginaria del modo que estaba cuando le azotaron en la columna. Mirándome con los ojos amorosos y apacibles me daba a entender, en lo interior de mi alma, que le mirase cuál le habían puesto mis pecados y el grande amor con que había padecido por mi bien ¹⁴.

RELIGIOSA PROFESA

Llegóse el día de mi profesión, que fue lunes a veinte del mes de enero de 1647, día de San Sebastián, siendo de edad de dieciocho años y tres meses.

En toda aquella noche, no me dejó dormir mi dulce esposo preparando y enriqueciendo mi pobrecica alma, tan pobre de virtudes, con sus divinos dones. Sentía a la Reina del cielo que, como madre y señora, me asistía y apadrinaba para tan divinos desposorios y a mi padre san Francisco y mi madre santa Clara y a santa Úrsula con las once mil vírgenes y los santos mártires de aquel día.

Un día cayó mala una religiosa de peste. Y sabiendo mi venerable Madre sor María Angela Astorch mis deseos, me llamó y me dijo que fuese a servir a la enferma. Mandómelo en virtud de santa obediencia para que me fuese de más mérito. Aceptéla con mucho gusto. Los regalos y ternuras con que me regaló mi divino Señor todo el tiempo que asistí a la enferma, no me será fácil declararlos. Estaba toda la noche en oración con solo las palabras Padrenuestro que estás en el cielo...

A los siete meses de profesa me puso la obediencia por escucha del torno, que no fue pequeño trabajo para mí y más apretándome en este tiempo unos ímpetus de amor de mi Dios que me abrasaban.. Estaba un día afligida en esta oficina del torno por parecerme que era muy contraria al camino por donde me llevaba su Majestad de soledad y silencio y retiro de todo lo que no era Dios. Lo que más temía era mi mal natural colérico y por otra parte, ser amiga de dar gusto. Me atormentaban los temores de que en esta oficina había de ofender a mi Dios por no tener las partes que se requieren para esta obligación, pero rendida a mi Superiora y padre espiritual, bajé la cabeza y accedí a la obediencia ¹⁵.

Sentía que mi divino Señor me reclinaba en su pecho amoroso y allí me daba a sentir lo inmenso de su amor y profundo ser de mi Dios, descubriéndome

¹⁴ A pp. 19-20.

¹⁵ A pp. 20.26.

sus secretos y por qué necesidades le había de pedir... Llevábame en espíritu a la llaga de su costado y me decía: *Bebe de esta fuente, pues solo esta agua puede satisfacer tu sed.* Yo bebía, pero más me abrasaba de la sed que padecía, espiritual y corporal.

Habiéndome dado un día una asperísima reprensión la Madre vicaria, sor Francisca Gertrudis Díaz de Béjar, en medio de lo que me estaba diciendo sentía grande gozo en mi corazón y mi Dios me dio inteligencia sobre lo que pasaba en el interior de la Madre vicaria y cómo me quería preguntar que delante de toda la comunidad, dijese en lo que pensaba.

Una noche de Navidad sentí en espíritu a la Reina de los ángeles que me traía a su Majestad recién nacido en sus brazos. Poníalo en mi corazón para que descansase en él. El Niño se quejaba amorosamente, diciéndome: *No hallo adonde descansar, pues cuando les manifiesto a los hombres las finezas de mi amor, habiéndome hecho niño, naciendo para su remedio, me corresponden ingratos a tantas finezas.* Sentía que iba a perder los sentidos y comencé a resistir fuertemente diciéndole: *No, esposo mío, no ha de ser público nada.* Respondióme que quería que tuviese arrobos en público y en lo mucho que había de padecer en ellos con las criaturas ¹⁶.

LA RIADA DE SAN CALIXTO

El día de san Calixto (14 de octubre de 1651) salió el río inundando la ciudad, haciendo mucho daño. No nos cupo poca parte a las capuchinas entrando tanta agua, tan furiosa, que todo lo que encontraba se llevaba como si fuera una paja.

Entraron la custodia con el Santísimo Sacramentado. Pusiéronla en el coro. Estando las religiosas asistiendo a su Majestad, íbame yo resistiendo el entrar en el coro por estar muy apretada de mi trabajo.

Entré en el coro abrasada del fuego de mi divino esposo sacramentado y le pedía nos librase del peligro que nos amenazaban los enemigos: Vénguese, esposo mío, en derribar el convento, mas no había de peligrar ninguna religiosa.

Sentía en lo interior de mi alma a mi divino Señor que me concedía lo que le pedía y también por esta ciudad que no ejecutase todo el rigor de su justicia, que la templase con la suavidad de su misericordia.

¹⁶ A pp. 30.33.36.

Los efectos que sentía eran de fe y confianza que nos había de castigar como padre y no como juez, que tan ofendido le tenemos.

Las personas que nos asistían, viendo que el convento se iba cayendo y que no quedaba nada seguro en donde poder estar, si no era con peligro de las vidas, determinaron sacarnos de la clausura. Salimos con el agua a la cintura. Estábamos en la calle, lloviéndonos encima, sin saber qué hacernos, que estábamos pasmadas ¹⁷.

GENEROSIDAD DE LOS JESUITAS

Los padres de la Compañía de Jesús, movidos de su gran caridad y piedad, compadecidos de ver cómo estábamos, enviaron por nosotras a unos hombres con cabalgaduras muy fuertes para que nos llevasen a su convento, que había mucha gente en él para defender las vidas siquiera.

Llevándome a mí un hombre en un fuerte macho, los enemigos, furiosos, alteraban las aguas y espantaban al macho, le enfurecían y le hacían que diese pasos atrás. El hombre que me llevaba me daba pena por incitarle el enemigo con impaciencia. Echaba votos sin temor de Dios. Yo no sabía qué hacerme, que no me atrevía a hablar por no faltar a mi Regla que manda que no se hable con los seglares si no es teniendo licencia y con escuchas. Mas yo me valí de mi Madre y Señora. Llaméla en alta voz para que nos favoreciese. Conocí luego su favor, pues el hombre, que tan furioso estaba, no despegó más sus labios. Las aguas se amansaron, con que pudimos llegar a la Compañía.

Estuvimos en el convento de la Compañía de Jesús once días. Después nos llevaron a la Ermita de la Compañía.

GRACIA DEL BAUTISMO

Primer día del mes de noviembre, día de Todos los Santos (día de su bautismo), estando ya en las Ermitas hacía algunos días, estando dando gracias después de la comunión a su divina Majestad, en particular, se las daba por el singular favor y misericordia: que, en este día, había recibido la fe de cristiana haciéndome hija de nuestra Madre la Iglesia, halléme toda anegada en aquel mar inmenso de mi Dios y transformada en él me mostró lo mucho que me amaba y del modo que estaba en mi alma la Santísima Trinidad desde el día que recibí el agua del bautismo, poniéndome en aquella primera gracia que en aquel

¹⁷ A pp. 47-48.

día me fue dada. Perdonóme y dióme plena absolución de todos mis pecados, dándome conocimiento de que no le había ofendido mortalmente hasta entonces.

Con todos estos favores me hallaba temerosa y temblando delante de tan gran Majestad, conociendo el grande castigo que merecía por mis culpas, que ninguna es leve delante de este divino Señor. Acudió mi Madre y Señora, tomóme entre sus brazos haciendo oficio de madrina. Me presentó delante de la Santísima Trinidad. Recibiéronme con mucho gusto, enriqueciendo mi alma de sus tesoros, asegurándome que no perdería su gracia, siendo siempre en mi ayuda y favor. Ofrecióme la Reina del cielo lo mismo, de cuidar de mí como madre que tiernamente ama a su hija no perdiéndome un punto de su vista y amparo. La gloriosa santa Úrsula con las once mil vírgenes se me ofrecieron también de favorecerme hasta que gozase la bienaventuranza que ellas poseían.

Todos los santos y bienaventurados del cielo me daban el parabién de que había de gozar la dicha que ellos poseían estando en su compañía, gozando de aquel sumo bien eternamente. La noche de Navidad, estando cantando la misa, mostróme su Majestad en visión intelectual cómo estaba el alma de aquel sacerdote (que celebraba la misa por primera vez). La dignidad y gracia tan singular que se les comunica a los sacerdotes para administrar tan altos y divinos misterios. Cuando oficiaba la misa, asistían los coros de los ángeles, haciendo grandes demostraciones de alegría y fiesta que celebraban de tan alta dignidad, dándole reverencia como a ministro de tan alto y divino Señor. No solo quiso ensalzarlos (a los sacerdotes), dándoles sus veces, sino también haciéndoles sus vice Cristo en la tierra.

El Sábado Santo de 1652 le pedía a mi amado esposo que me diese fuerzas para poder tolerar los incendios de su amor y que me quitase la vida con ellos. Perdí los sentidos del cuerpo, teniendo mucho más despiertos y vivos los del alma, para conocer y amar más a mi Dios y me reclinaba en su amoroso pecho y me decía: *Dime, querida mía, qué tanto me deseas amar.* Yo le respondía que quisiera amarle como le amó la Magdalena. Me respondía: *A más se han de adelantar los deseos que has de tener de amarme. Desea amarme como yo me amo a mí mismo, que cuanto mayores fueren tus deseos de amarme, así será el mérito que te daré* ¹⁸.

CARICIAS DE JESÚS

Un día después de comulgar me dijo Jesús: *Dame besos amorosos de tus labios.* Lo que sintió mi alma no lo sé explicar y más cuando llegó con sus

¹⁸ A pp. 51-52.

mismas manos a enjugarme las lágrimas de los ojos que como una madre que tiernamente ama a su hija, así me acariciaba. Y me llegaba a sí para consolarme, mi querido esposo.

Otro día me fue mostrado el misterio de cómo eran tres divinas personas un solo Dios verdadero. Vi tres formas del Santísimo Sacramento y a un mismo tiempo que veía tres, veía una. Veía el lazo de oro que las unía a las tres y hacía una, dándome inteligencia cómo en el Santísimo Sacramento estaba unida la divinidad con la humanidad de Cristo, mi bien, que el amor las unía y transformaba, haciendo Dios hombre y al hombre le hacía Dios ¹⁹.

DE NUEVO LA RIADA

El 6 de noviembre de 1653 salió segunda vez el río, ejecutándose el castigo que su divina Majestad me había mostrado que quería enviar a esta ciudad (Murcia) que por ruegos de su santísima madre no le enviaba más riguroso, pues solo fue en las haciendas y no en las vidas. Volvimos a las Ermitas como la primera vez. Por las mismas causas estuvimos seis meses (la vez anterior fueron 13 meses). Volvimos en mayo de 1654. Fui con los aprietos interiores y enfermedad que tengo dicho. La noche de Navidad estuve muy apretada, que no pude ir al coro y asistir con la comunidad a los maitines. Sentílo mucho, aunque conforme con la divina voluntad quiso mi divino Señor consolarme, transformándome en sí mismo ²⁰.

DOLORES Y GOZOS

En la Cuaresma de 1655 estuve padeciendo las llagas postema. Cada día iba a más. Aumentóseme la calentura. Viendo el médico los accidentes que tenía, dijo que viviría pocos días, que además del peligro en que cada día me veía, era el de las llagas muy grande, que según las señales que le decían estaba muy cerca de cancerarse. Pero mi amado esposo me aseguraba que no había de morir entonces, que aún había de seguir el rigor de la comunidad y tener salud para ello, pero sin dejar de padecer

El sábado de Ramos quise probarme a levantar, mas apenas di unos pasos, cuando me desmayé. Me llevaron a la cama. El Sábado Santo me hallé muy mejorada de los dolores del cuerpo. Pude levantarme el domingo y bajar a confesarme y recibir la comunión. Estando para recibirla, sentí que se derramaba en mi alma un caudaloso río que la bañaba y enriquecía de sus misericordias.

¹⁹ A pp. 78-79.

²⁰ A p. 93.

Llenábame de las glorias y gozos de mi amado, que dulcemente me regalaba y transformaba en sí mismo, diciéndome: *Alégrate y gózate conmigo pues me has acompañado en mis penas de mi pasión, quiero que goces de las glorias y gozos de mi resurrección* ²¹.

TRETA DEL CONFESOR

Un día su confesor le dijo que después de haber examinado su alma estaba seguro de que todo era engaño del demonio. Ella le preguntó qué debía hacer y él le ordenó en virtud de santa obediencia que no admitiese ninguna misericordia ni que le dijese ninguna palabra ni ternuras a su divina Majestad, que no leyese ningún libro ni tampoco los diese a leer, que no le dijese en confesión cosa ninguna ni de pena ni de consuelo, sí solo la confesión, ni me desahogase con ninguna religiosa de ninguna pena ni aflicción que tuviese y todo lo pasase en silencio. Me quitó la licencia de hacer penitencias ni que le pidiese licencia para hacerlas. Yo le obedecí y me fui al coro, pidiendo a mi Dios que me ayudase ²².

El confesor lo hizo para probarla. Después le pidió disculpas.

LA PRIMERA QUE FALLECIESE SE APARECERÍA A LAS OTRAS (1667)

Teníamos hecho un concierto tres religiosas. La primera que fuese voluntad de mi Dios que se muriera, se aparecería a las otras dos que quedaban y le dirían el estado en que se hallaba para que las que quedaban hiciesen bien por el alma de la difunta y la sacasen aprisa del purgatorio. Y lo mismo había de ser de las otras dos que quedasen. Esto siendo el gusto de mi Dios. Y para hacerlo más a su agrado, pedimos licencia al que entonces era padre espiritual, que era el inquisidor, y a la Superiora, que era mi Madre fundadora, la primera de las que vinieron a fundar el convento de Murcia. Con todas estas circunstancias hicimos el concierto.

La primera que murió al instante que expiró, la sentí en espíritu. Luego que se me apareció, me dijo el estado en que se hallaba y las penas que tenía. Aunque eran pocas, sentía mucho el detenerse de ver luego a su divina Majestad. Díjome la causa de su detención de verle, que era por haberse dejado llevar del natural, amigo de dar gusto a las criaturas, en particular, aquellas que más

²¹ A pp. 108-109.

²² A p. 177.

amaba y tenía inclinación. No era en cosas graves; pero aunque fuesen leves, debía decir lo que conocía en verdad y en espíritu y conocía era de más perfección y agrado de mi Dios. Díjome: Tú tienes esta misma falta y te dejas llevar de ella y en ti será mas culpable, por cuanto tienes mayor luz y conocimiento de mi Dios y debes serle mas agradecida y obrar en todo con mayor perfección. Lo mismo dirás a la otra compañera del concierto, que también tiene la misma falta. Dile que se tranquilice, que no vendré a ella, porque no tiene ánimo y tú se lo has pedido a su divina Majestad, que no me dé licencia para que venga sino sólo a ti. Lo que pido a las dos es que me cumpláis la palabra de sacarme aprisa del purgatorio. Le díjele que sí, como lo vería con la firmeza que las dos lo hacíamos.

Yo, luego, hice alguna diligencia escribiendo a dos canónigos para que luego en amaneciendo me hiciesen decir diez y ocho misas por el alma de la difunta. Ofrecieron de hacerlas decir luego. Hacíanme mucha caridad estos dos canónigos, que el uno era el Chantre, y estoy cierta lo hicieron como me lo ofrecieron. También hice diligencia con mi padre espiritual, que era guardián del convento de capuchinos de Murcia, que con toda su comunidad hizo hacer muchos sufragios por la difunta. La otra compañera hizo hacer las mismas diligencias que yo por otra parte ²³.

Mientras estuvo el cadáver de la compañera expuesto, Úrsula sufrió temblores por todo el cuerpo padeciendo lo increíble, mucho más acentuados cuando estaba en su presencia. De todo dio cuenta a su maestro espiritual, el padre Teruel, que era guardián del convento de los capuchinos de Murcia. Al llegar para asistir al entierro, le mandó retirarse al coro y no presenciar las exequias que, aunque padecía, no era el sufrimiento tan fuerte como cuando estaba junto al cuerpo. Tres días después se le apareció de nuevo. Su alma ya gozaba de la presencia divina y agradeció la prontitud de la ayuda espiritual, tanto de Úrsula como de la otra religiosa, con la promesa de pedir a Dios por ellas desde el cielo ²⁴.

FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE ALICANTE

Desde los 15 años me dio su divina Majestad grandes deseos de ser religiosa y en ellos la luz y conocimiento de cómo había de ser y junto con estos deseos y ansias que tenía, eran mucho mayores los que sentía en mi alma de edificarle a mi Dios templos para que en ellos hubiera almas que le alabasen y

²³ A pp. 240-241.

²⁴ Sáez Vidal Joaquín, *Sor Úrsula Micaela Morata*, Ed. Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Alicante, 1987, pp.131-132.

serviesen a mi Dios. Conseguido el ser religiosa, aumentáronseme más mis deseos de la fundación y que se hiciese una en México de capuchinas, tanto que lo llegué a decir a algunas religiosas mucho antes que se hiciese la que salió de Toledo para México. Pero siempre quedaba con mis deseos fijos de que había yo de salir a fundar. Se comenzó a negociar esta fundación de Alicante en 1669 Tomó mi Dios por principio y medio al doctor Sala, moviéndole grandes deseos de que hubiese capuchinas en esta ciudad de Alicante.

Me daba mi Dios grandes ansias y deseos de que esta fundación se hiciese, pero sin ninguna gana de venir a ella. Y le pedía a mi Dios no diese lugar a que yo viniese, que bien sabía tenía dada palabra para otra que se hacía en Manzanares. Pero sentí en lo interior de mi alma: *¿Cómo puedes tú resistir a mi voluntad, que es de que vayas a Alicante, que ésta se hará primero que la de Manzanares?*

Me fue mostrado en espíritu las diligencias que se hacían para la fundación y las contradicciones que el enemigo levantaba para impedirla. Me mostró mi divino Señor en tres o cuatro ocasiones que fue el doctor José Sala a Orihuela y cómo el enemigo pretendía quitarle la vida. Yo le decía a mi Dios: *No quiero Señor, fundación si ha de ser a costa de su vida.* Me consolaba mi Dios y su santísima Madre y mi padre san Francisco y mi madre santa Clara y me ofrecían su ayuda y favor para todas las dificultades y contradicciones que aún quedaban por pasar. Apretáronme un día tanto los temores que me resolví a no venir. Se lo dije a la religiosa que negociaba la fundación. Lo sintió y se determinó a dejar la fundación y no hacer ninguna diligencia.

Un día estaba afligida y sentí en espíritu a mi Dios que, como esposo, me echaba grillos en los pies y esposas en las manos y una cadena al cuello. Me decía: *¿Cómo puedes tú huir de mi voluntad, si estás presa y cautiva de mi amor? ¿No sabes que tienes hecho voto de morir por mí sacramentado? ¿Cómo puedes tú dejar de ir a la fundación en donde has de tener tantas ocasiones de padecer? Haz cuenta que yo te mando que vayas a Argel a dar la vida por mi amor ¿Pudieras tú excusarte con el voto que me tienes hecho? Y me decía: No temas, confía y fíate de mí, que de todo te sacaré victoriosa...*

En otra ocasión, estando yo muy afligida y dudosa de la fundación, vi en espíritu a mi Madre fundadora, la Madre sor María Ángela Astorch. Me dijo: *No te aflijas, hija mía, que no dejará de ser. El día que se diga el Te Deum ha de morir una religiosa de este convento.* No me declaró cuándo ni quién era la religiosa, pero todo se cumplió, murió y vino la licencia y se cantó en la comunidad el *Te Deum*, todo en un día. Esa religiosa había sido contraria a que se hiciera la fundación y muchas veces dijo que daría las orejas si se hacía la

fundación, pero no solo dio las orejas, sino el pellejo. Ella era muy santa religiosa, pero lo permitió mi Dios para desengaño de muchas cosas.

Otra vez vi en espíritu a mi Padre san Francisco y a mi Madre santa Clara, que me traían una custodia con el S. Sacramento Decían: *Aquí está el que ha de vencer y triunfar de todas las dificultades. Así, como ves, ha de estar en el altar mayor de la iglesia.* También sentí en espíritu a la Madre Teresa de Jesús que con gran ternura y amor me decía y alentaba: *Mira lo que yo padecí en todas mis fundaciones y no me pesa de haberlo padecido, sí quisiera que fuera mucho más.* Ten fe y no temas las contradicciones de las criaturas que todas las vencerá mi Dios y en su nombre te ofrezco ayudarte y favorecerte en todo.

Otro día mi Dios me dijo en lo íntimo de mi alma: *Lo quiero (al doctor José Sala, que fue el que puso interés en la fundación) para luz y candelero de mi Iglesia. Ha de lucir como antorcha en la predicación, que por este camino y el de la confesión lo quiero y me ha de dar muchas almas que me sirvan y hasta que llegue el tiempo que esté muy cerca de ordenarse de misa y pueda y podáis tenerle en el confesonario retendré la fundación. Ten paciencia* ²⁵.

Hubo contradicciones y oposiciones para la fundación. Por eso un día se le presentó la Virgen María con el Niño Jesús en brazos y acompañada de san Miguel arcángel y le dijo que sería la protectora de la fundación y lo mismo le prometió san Miguel como capitán y príncipe de los ángeles. Le dijo: *Vendrán conmigo innumerables ángeles a asistir y favorecer la fundación y echaré a los demonios y vencerá la voluntad de mi Dios y tú quedarás consolada.* Yo quedé muy agradecida y le di rendidas gracias a mi ángel.

Otro inconveniente lo puso el obispo de Orihuela, porque puso como condición de que las fundadoras fueran del convento de Valencia. Ella dice: Me fui a mi Dios y me dijo: *No te aflijas querida mía que del convento de Murcia ha de salir la fundación y no será más de lo que yo quiera y sea conforme a mi voluntad. Aliéntate, querida mía, y no temas nada, que en ti estoy siempre. No te dejaré. Fíate de mí.*

En 1671, un caballero deseoso de la fundación, fue a Madrid a hacer trámites sobre este asunto. Se llamaba Jacinto Sevilla y le entró una gran calentura que parecía que podía ser mortal. Pero el Señor la tranquilizó y le aseguró a Úrsula que no moriría de esa enfermedad y que sanaría y proseguiría los trámites de la fundación y que en breve estaría todo concluido. Y nos dice: Todo se cumplió y yo quedé consolada y agradecida, a mi Dios, quien siempre

²⁵ El Señor le indica que hasta que el doctor Sala no se ordene de sacerdote, detendría la fundación. Fue ordenado sacerdote en septiembre de 1672 y ejerció su ministerio hasta abril de 1700 en que murió.

me mostraba todas las cosas y me decía en el estado que estaban. Cuando se dio la licencia en el Consejo de Aragón y la firmó la reina, asistió mi divino Señor y su santísima madre, mi ángel san Miguel y mi padre san Francisco y mi madre santa Clara ²⁶.

NUEVOS INCONVENIENTES

Cuando ya estaba casi todo preparado para ir a fundar a Alicante, una de las religiosas designadas cayó enferma con fuertes tercianas. Algunas empezaron a decir que se veía claro que no era la voluntad de Dios que fuera esa religiosa. Y nos dice Micaela: *Mi divino Señor me alentaba y me daba inteligencia de todo lo que había de suceder: que la religiosa viviría y estaría buena a su tiempo y no se detendría el viaje por nuestra parte, que todo lo dispondría conforme a su santísima voluntad.* Y cuando llegó el momento de la partida ya estaba buena y pudo ir.

Igualmente, don Diego Moxica, que estaba preparado para acompañarnos, se enfermó de garrotillo y avisaron que no podía ir. En la víspera de Año Nuevo caí sin sentido y transformada en mi Dios. Me acariciaba y alentábame, diciéndome: *No te aflijas que todo lo que tú quieras, será ¿No sabes que te ofrecí que el impedimento de ir a la fundación no sería de vuestra parte?* Entonces sentí a la reina del cielo que me decía: *Vente conmigo, hija mía.* Y fui llevada en espíritu a la casa del enfermo y entrando en donde tenía la cama, vi que estaba reposando. Le dije a mi madre y Señora que le pusiese la mano en la garganta. Lo hizo la madre de misericordia y, al instante, despertó el enfermo, echando la postema por la boca, que era el enemigo que le ocasionaba el mal. Quedó del todo bueno y sin el peligro que le amenazaba la enfermedad. Yo quedé muy consolada y agradecida a mi Dios y a su santísima madre por el favor que al enfermo y a mí nos había hecho ²⁷.

Salimos de Murcia a las seis de la mañana el 24 de febrero de 1672. Alentábame mi divino Señor, diciéndome en lo íntimo de mi alma: *¿Qué temes, querida mía? ¿No me tienes a mí y a mi madre, que nunca te faltaremos y en todo te asistiremos?* También sentí a mi Padre san Francisco y a mi Madre santa Clara, que en espíritu me ofrecían lo mismo. Vi una gran multitud de demonios muy rabiosos, amenazándome que habían de ejecutar lo que días antes me tenían ofrecido: de hacer todo el daño que pudieran y volcar los coches. Yo acudía a mi dulce esposo: *¿Cómo, Señor, habéis de dar lugar a estas amenazas?* Me respondió: *No temas, hija mía, que lo que hará, será para más abatimiento suyo*

²⁶ A pp. 243.253.268.271.272.

²⁷ A p. 275

y gloria mía. Salí de mi convento y, entrando en el coche, sentí en espíritu todo el camino esta dulce compañía.

Llegamos el primer día a Albaterra, para hacer noche allí. La pasé en oración y a media noche se levantó un gran torbellino, movido de los demonios, que pensamos caía la casa y nos cogía debajo. Tanto fue que, al ruido, se despertaron algunos de los señores que nos acompañaban. Pensaron que era terremoto.

A la mañana siguiente, día del apóstol san Matías, nos llevaron a la iglesia a oír misa. Fue la primera vez que confesamos con el canónigo Mojica, nuestro vicario, dándonos la comunión. Salimos ese mismo día por la mañana y llegamos a Elche.

Traíamos en el coche una santa Faz muy hermosa. Fijé la vista en esta santa, imagen veíala mudaba colores y se le ponía el rostro pálido y denegrido o acongojado. Esto también lo vieron las demás madres que iban en el coche. Por todo el camino sentí particular asistencia de mi Dios y de la reina del cielo y de mi Padre san Francisco y de mi Madre santa Clara.

Al mismo tiempo, vi en espíritu gran multitud de demonios que se llegaban al coche de los señores que nos traían. También vi a mi Padre san Francisco y gran ejército de ángeles al paso que los enemigos echaron con gran furor y rabia el coche entre aquellos peñascos con intentos de quitar vidas. Pero mi Padre san Francisco y los ángeles como embajadores de mi gran Dios y Señor, echaron los demonios y no dieron lugar para que hiciesen ningún daño. Y se conoció haber obrado la poderosa mano de mi Dios por llevar armas de fuego y otras y haber caído en un despeñadero, que era bastante para hacerse pedazos. Fue grande el susto que tomaron las Madres. Mas yo las alenté y dije: *Gracias a mi Dios que he salido de esta pena y tormento.* Volvióse el rostro de la santa Faz en su ser como antes, dándome inteligencia en lo íntimo de mi alma que sus penas y congojas se daban como lo manifestaba su rostro. Luego que salieron de la caída, vinieron muy alegres y contentas a nuestro coche para alentarnos y que no tuviésemos pena. Quedamos agradecidos y dándole gracias por tan singular beneficio a mi gran Dios y Señor.

Proseguimos nuestro camino y llegamos a nuestra Señora de Loreto. Salió toda la santa comunidad de los padres descalzos a recibirnos, cantando el *Te Deum*, llegando a descubrir la milagrosa imagen de nuestra Señora de Orito. Ese mismo día partimos para entrar en Alicante. Lleváronnos antes de entrar, siendo

todo el mismo camino, a visitar la santa Faz de Alicante, descubriéndola para que la viésemos y adorásemos. Entramos en Alicante el 27 de febrero de 1672 ²⁸.

Nos llevaron a la casa alquilada para entregarnos las llaves. Subiendo una escalera, en lo íntimo de mi alma sentí que salía un ardiente rayo de luz. No pude dejar de preguntar si aquella puerta era del coro. Me dijeron que sí. Entré en él y, llegándome a la celosía, me quedé de rodillas. Entendí que aquella luz salía del sagrario, donde estaba su divina Majestad sacramentado. Luego que estuvimos en nuestro convento, se hizo elección. Elegimos a la Madre María Inés de Villaseca, que solo la trajimos para nuestro consuelo, porque estaba, a más de los años muy enferma. A los ocho meses de venidas, dio su alma a mi Dios.

La casa alquilada donde estaban carecía de condiciones apropiadas para vivir en comunidad. También faltaba dinero para pagar el alquiler. El tiempo transcurría y las esperanzas de edificar un monasterio se hacían cada vez más remotas. Algunas personas les aconsejaban trasladarse al interior de la ciudad, Úrsula estaba dudosa. Acudió como siempre a la oración para pedir luz y tomar una decisión.

Me pusieron de tornera y estuve en ese cargo tres años y ocho meses. El día de Jueves Santo del año 1672 me dieron calenturas con crecimientos. Me sangraron tres veces y quisieron darme la cuarta sangría, pero yo estuve fuerte en que no me la diesen, que quererme quitar la enfermedad era imposible, si el que me la daba no me quitaba el accidente que me ocasionaba el ardor para la calentura.

Enfermó el padre del doctor Sala y el Señor me lo mostró en los divinos brazos de mi Dios que lo regalaba y llevaba dulcemente a su amoroso pecho y me daba inteligencia de que aquella era el alma por quien tantas instancias hacíamos le diese salud, pero el enfermo empeoraba cada vez más. Yo le dije: *Señor, ¿esta es la salud que os pedimos para esta persona? ¿Os lo queréis llevar? Hará mucha falta a sus hijos y a su casa y a tantos pobrecitos que claman por su salud por ser socorridos de su caridad.* Respondió: *Todo lo que me pides, queda a mi cargo: sus hijos quedan por mi cuenta, que yo cuidaré de ellos. Ahora quiero traérmelo para mí y darle el premio de sus buenas obras.* Me dio inteligencia para saber que todas las rogativas y oraciones que se habían hecho por él habían servido para disponer su alma con nuevos aumentos de gracia y auxilios eficaces para conseguir una dichosa muerte. Su purgatorio fue tan leve que no me acuerdo si fue un día o dos. Lo que puedo asegurar es que fue muy poco y que me fue mostrado cómo voló su alma dichosa como una paloma al descanso de su Dios, de quien recibió el premio de sus buenas obras. Se me

²⁸ A pp.277-281.

mostró su alma muy agradecida de lo que se le había hecho y le dije que pidiese a su divina Majestad el consuelo de su mujer e hijos. Y me contestó que ahora les sería más padre que lo que había sido en la tierra, pues lo habían mejorado, teniendo a Dios que era el Padre verdadero ²⁹.

En la casa alquilada donde estábamos, era todo para más padecer y, sobre todo, no habiendo de dónde pagar todo y, sin esperanza de tener (una nueva casa para convento). Mi Dios me alentaba y me dijo: *Ten buen ánimo y confía en mí que yo te consolaré. Y tendréis casa en el puesto que fuere mi voluntad*. Esto mismo me repitió mi Dios algunas veces, que me servía de mucho aliento y consuelo.

En ese tiempo el Señor le manifestaba el interior de las religiosas y las tentaciones que tenían. Dice: Esté lejos o cerca, conozco y penetro todo lo que pasa en el interior del alma con una verdad tan cierta que no la puedo apartar de mí. Cuando estaba en el torno, me hacía presente de cuanto pasaba en el coro y en otras partes del convento. Un día estaba ocupada en la obligación del torno y me vino un impulso de echar agua bendita por los dormitorios como lo manda la Regla que la eche la Superiora. Fui a echarla, tomando el jarro. Me dio mi Dios particular conocimiento de que el agua no era bendita. Y fue así, que no lo era que, aunque no sería con malicia el hacerlo, antes pusiéronla para ver si la conocía. Pero mi Dios es fiel y, aunque yo soy tan mala, no me quiso ocultar la verdad, porque, aunque indigna, ocupaba su lugar ³⁰.

Un día tuvo una visión. Vio un árbol cargado de frutos, pero tenía algunas ramas algo marchitas. Junto a la raíz y el tronco estaba san Francisco con un cuchillo en la mano y a él se acercaba una gran multitud de demonios... Comprendió que el árbol representaba al convento, el estar solo el santo significaba que tenía que estar el convento alejado del bullicio de la ciudad y que aquellos enemigos que lo cercaban eran las personas que habían de combatir a las religiosas con tentaciones, procurando derribar y marchitarlas de su primera vocación y deseos con que Dios las había traído a la religión.

Ella confió que su Padre san Francisco con el cuchillo en la mano velaría sobre ellas como padre celoso y cortaría las malas intenciones. Y estando así sin ver claras esperanzas de futuro llegó al puerto de Cádiz el caballero alicantino Fernando Martínez de Fresneda a quien al llegar le explicaron que las monjas capuchinas estaban queriendo fundar un nuevo monasterio y le informaron de las dificultades económicas de las monjas para construir el convento. Y él resolvió ceder un solar y huerto para el monasterio que permitiera vivir a las monjas en

²⁹ A pp. 282-286.

³⁰ A p. 295.

las debidas condiciones. La finca estaba extramuros de la ciudad y tenía noria, alberca y derecho a las aguas de las fuentes públicas. La escritura de cesión la dio el 24 de agosto de 1674 ³¹.

LA HIJA DEL BIENHECHOR

El bienhechor tenía una hija que quería entrar en ese convento de Alicante. Dios le mostró a Úrsula que la quería para sí, pero tenía 14 años. Su madre la inclinaba para que lo fuera en el convento de Murcia con dos hermanas de la madre. Úrsula nos dice: Un día, vinieron a vernos madre e hija. Pasóse la madre a la reja y quedóse la hija conmigo en el torno. Me dio Dios conocimiento pleno del interior de esta niña. Conocí cómo luchaba con dos afectos: el del convento de las descalzas agustinas de Murcia y de nuestro convento. Le hablé de la vanidad del mundo, de los engaños que en él hay. Cómo era Dios quien me dictaba las palabras, lo que a mí me faltaba de fervor y amor lo infundió en el corazón de la que me oía. Fueron tan grandes las ansias que infundió mi Dios en su interior de dejar el mundo y entrar en religión en nuestro convento de Alicante que me dijo: *Yo me voy determinada a decirles a mis padres esta noche que luego me señalen el día para que tome el hábito en este convento.*

A la madre se le puso en la cabeza que le queríamos hurtar a su hija y cosas de mucho sentimiento que decía, así de nuestro confesor como de nosotras, y en la ciudad se decía que por interés de la hacienda le queríamos quitar a su hija. Tuve que decirle a su madre que estuviese cierta y segura de que no le quitaríamos a su hija hasta que ella misma con sus manos me la entregase en el convento. Que podía estar tranquila y sin ningún recelo.

El Señor le dio una recia enfermedad al padre que, aunque era de su gusto que su hija fuera monja, pero en muchas cosas hacía las razones a su mujer por no disgustarla por vía de paz. Levantado el padre, cayó la madre, apretándole fuertemente sus achaques tanto que llegó a estar el cura con el santo óleo en su casa. Pero quiso mi Dios que volviese del letargo que se hallaba y, por no asustarla, no la olearon. Después tomó la mano en enfermar a la hija con un fuerte dolor de hijada, que estuvo mucho tiempo en la cama. Cuando la madre la veía muy apretada y temerosa de que no fuese castigo de mi Dios que se la quisiese quitar y castigarlos con dejarles sin ella, decía a voces que luego entrase en la religión. Pero, viéndola mejor, volvía a su dictamen. Mi Dios, que todo lo

³¹ Sáez Vidal, o.c., pp. 149-150.

estaba mirando, aunque le alivió a la hija, bien conocía lo que tenía en su corazón la madre y que no lo decía como debía.

El 25 de octubre de 1675 llamaron con grandes golpes al torno. Bajé a toda prisa a ver quién llamaba. El padre de la que había de entrar religiosa la traía y su madre con ella. Venían todos juntos, pero no habló más que el padre, ocultándose la madre y la hija. Me dijo que abriese la portería para entrar un costal que no podía entrar por el torno. Fui a abrir la puerta y pensando que me traían alguna limosna, la abrí y hallé a la madre hincada de rodillas y, abrazándome, me dijo con grandes lagrimas: *Ahí le entrego la prenda de mi corazón: Dios me la dio y a Dios se la devuelvo*. Entró la hija y yo me quedé suspensa en mi Dios y absorta en la profundidad de sus incomprensibles juicios, pues a la que había visto en solo los amagos de pensar le quería quitar a su hija, la veía mansa cordera y que se cumplía lo que mi Dios me había dicho.

No quiso la hija le dilataran el que tomase el hábito aquella misma tarde, como se le dio con singular gusto suyo y de su padre, que estuvo presente. La madre no se halló. En 20 meses que esta religiosa estuvo en el noviciado, los días fueron de una continua guerra. Primero era la madre sola. Mas permitió mi Dios que se unieron los dos esposos para que fuese mayor nuestro padecer... Sus padres intentaban sacarla de la religión. Un día estaba yo sumamente afligida y lo estaba también la pobre novicia. Me fui a mi Dios y a la reina del cielo y sentí alivio y consuelo y me fue mostrada la novicia, ya profesada, dándome inteligencia que la vería como se me mostraba. Esta batalla duró diez meses hasta que vinieron a vencerse sus padres y siendo forzoso el hacerle el examen que el Concilio manda que se haga (antes de profesar) mandó el obispo de Orihuela la sacasen fuera del convento. Salió, que no fue menester poco para rendirla, que estaba fortísima. En el tiempo que estuvo fuera del convento, me mostró mi Dios cómo le asistía y apadrinaba con su santísima madre y mi Padre san Francisco hasta que la volvieron al convento. Hizo su profesión el primero de julio de 1677³².

PURGATORIO DE UNA RELIGIOSA

Me parece fueron ocho meses que estábamos en esta casa y enfermó una religiosa hermana de obediencia. Estuvo cuatro meses enferma. A lo último de la enfermedad, cuando se iba más agravando, me la mostró mi Dios en sí mismo cómo eran ya llegados los últimos días de su vida. Se le agravó la enfermedad. Pidiendo a mi Dios por su salud, me la mostró muerta. Tuve inteligencia que el mostrármela así era que ya no tenía remedio, que ya estaba dada la sentencia de

³² A pp. 301-304.

llevarse, que lo que ahora había que hacer era poner todo el cuidado de que saliese bien aquella alma de esta última pelea y batalla. Yo, como veía lo que los demonios hacían y trabajaban para impedirle el bien a aquella alma, acudí al amparo de la reina del cielo y se mostró como madre amorosa y me ofreció ampararla y defender aquella alma. Acudí a mi Padre san Francisco y a mi Madre santa Clara.

Llegáronse mis santos padres, asistidos de la Reina del Cielo y con imperio y valor echaron a los demonios de allí, recibéndola en el gremio de sus hijos. Salió feliz y dichosa de su salvación; expiró en paz, víspera de santo Domingo, a 3 de agosto, al año que venimos.

Luego que expiró esta religiosa, se me apareció en espíritu y me dijo en el estado que se hallaba de su salvación, mas que se le había dado el purgatorio en algunas partes del convento, en particular, en la enfermería y en otras en donde había hecho las faltas de la observancia de la Regla. Mostrábaseme muy apacible y cariñosa. En espíritu me significaba su necesidad y movíame a gran compasión y caridad. En particular, cuando estaba en la oración en el coro con la comunidad, se me mostraba más compasiva y tenía inteligencia que se la aplicase por las que había tenido con tibieza y flojedad.

De allí a unos cuantos meses, no me acuerdo cuantos, no sé si fueron seis o cuatro yo no me acuerdo, fue mi Dios servido de mostrarme la misma alma en sí mismo cómo ya se iba a descansar, y agradecida me dio las gracias ³³.

CONSTRUCCIÓN DEL NUEVO CONVENTO Y ELLA ABADESA

El terreno donado para monasterio tenía 2 casas y un huerto y era un lugar apropiado, pero había que construir un recinto de nueva planta. El donante donó también 100 libras para los gastos originados por el traslado de la comunidad. Como fue nombrado gobernador de las islas occidentales de Popayan, remitió otros 4.000 reales para las obras de la iglesia si Dios le permitía un feliz viaje. En contrapartida las monjas se comprometían a construir a su costa el sepulcro que quería él en el presbiterio de la nueva iglesia y a cubrirlo con una lápida de mármol que deberían pedir a Italia, grabando en ella el escudo de armas de los Martínez de Fresneda.

Algo importante es anotar que hubo muchas candidatas a ingresar a la comunidad, incluso de personas de distinguidas familias de Alicante. Entre estas aspirantes estaba una hermana del doctor Sala. Otro caso fue el de la hermana del

³³ A pp. 320-321.

donante Fernando, doña Gerónima Martínez de Fresneda, que había estado contrario a la donación que había hecho su hermano, pero murió su esposo y una hija de 17 ó 18 años, y eso le hizo recapacitar y pidió perdón por los desatinos que había hablado contra la Madre Úrsula y contra el padre Sala. Un año después de instaladas las monjas en el terreno del donante, empezaron las obras del nuevo monasterio. Los trabajos se costearon con el importe de las limosnas del pueblo de Alicante y del infante don Juan de Austria, hermano del rey. Las monjas para acabar pronto las obras, acudieron al rey Carlos II, quien se mostró generoso. La iglesia quedó finalizada en 1682, siendo bendecida solemnemente el 20 de julio de ese año. En la tarde del 21 se celebró una procesión concurrida por el pueblo alicantino para entronizar en el nuevo templo el Santísimo Sacramento. Los actos y la misa del día siguiente fueron oficiados por el obispo de Orihuela.

En 1699, a la muerte de la abadesa Madre Angélica, Úrsula se vio obligada a aceptar el cargo de abadesa el 7 de febrero de ese mismo año. El Señor se lo anunció antes de que ocurriera, anunciándole que la abadesa iba a morir. La impresión fue tan grande que cayó desmayada. En el instante en que expiró la Madre Angélica, ella, que estuvo constantemente asistiéndola, la vio asistida por la Virgen y los santos de su devoción, subiendo al cielo ³⁴.

A un padre de la Compañía de Jesús, que era su padre espiritual, le profetizó que tendría buen éxito un negocio bien grave en que estaba interesado un hermano suyo y toda su casa. Padeció grandes contradicciones, pero triunfó de todas según le había profetizado ella.

Profetizó también a un padre espiritual suyo que duraría poco en el confesonario por las muchas persecuciones que contra él movería el demonio, como se cumplió. Asimismo y, consultándole ese padre espiritual si sería voluntad de Dios el que pretendiese un curato que tenía más renta que otro que poseía, le respondió que sí y que lo obtendría, pero que se le seguirían grandes persecuciones y pleitos, aunque triunfaría de todos, como se cumplió de la misma suerte ³⁵.

SEGUNDA PARTE

CARISMAS

PROFECÍA

³⁴ A p. 64.

³⁵ Panegírico, pp. 136-137.

Una vez me mostró su divina Majestad a un hermano de mi padre espiritual, que era capitán y estaba en Murcia, cómo era su voluntad que fuese sacerdote y los puestos que había de tener en su Iglesia. Di de todo noticia a mi padre espiritual y tomó el aviso como quien tanto deseaba solo hacer la voluntad de Dios. Dio aviso a su hermano de lo que quería su divina Majestad que hiciese. Púsole en ejecución, ordenándose sacerdote. Ha tenido algunos puestos y comodidades por la Iglesia. Lo que ahora tengo noticia es de que está vivo y es canónigo de la Iglesia de Barcelona. En otra ocasión me mostró cómo ser su voluntad que entrase religiosa conmigo una sobrina mía, hija de mi prima hermana. Yo le presenté a mi divino Señor mi sentimiento de tener cosas mías conmigo en la Religión y las dificultades que había para que lo fuese. Me respondió: *Todo lo venceré yo con mi poder y no dejaré de entrar*. Pasáronse algunos años antes que entrara, porque tenía muy poca edad, cuando el Señor me lo manifestó. Allanáronse todas las dificultades, mas no por diligencias mías, que la voluntad de mi Dios obró en todo como dueño de todo lo creado .

Estando un día hablando con una hermana mía, me manifestó los deseos que tenía de ser religiosa. Dióme su Majestad tal luz y conocimiento del estado que había de tomar. Díjela que no sería religiosa, que la voluntad de Dios era de que se casase y que tendría siete hijos.

Afligióse mucho por tener aversión a tal estado. Volvíme a ratificar en lo mismo que le había dicho, asegurándole tomaría yo primero estado de religiosa, que tú le tomes de casada.

*Cumplióse todo como su Majestad me lo dio a entender, y todos los siete hijos, cuatro varones y tres hijas, viven hoy en día. ¡Dios los haga santos, pues son hijos de bendición! Dios se les dé y conserve en su gracia para que jamás le ofendan*³⁶.

BILOCACIÓN

El 21 de octubre de 1658, estando a las tres de la madrugada en oración fui llevada en espíritu por el ángel de mi guarda a las guerras de Portugal. Vi cómo el ejército de los españoles se disponía para dar la batalla a los portugueses. La prevención que tenían los nuestros era dejarse llevar de los vicios en particular de la sensualidad. Dándose la batalla me hallé en medio de los dos ejércitos. Lo que padecí aquí solo mi Dios me pudo dar la fortaleza. Me dijo el ángel de mi guarda: *Acuérdate del favor que te hizo la reina del cielo y válete de él en esta ocasión* (le había dicho un día María: Todo lo que tú me pidas a mí, te lo concederé mi

³⁶ A p. 16.

Hijo, que te quiere como a hija mía), *cuanto le pidas te lo concederá*. Tomé valor y cobré confianza para pedir teniendo el amparo de mi madre y Señora. Tenía cierta la victoria, en particular la salvación como se consiguió de muchos que murieron. Y los nuestros ganaron la victoria, aunque no tan por entero como deseábamos.

Dióle a una sobrina mía un mal de repente que perdió los sentidos Avisaron al convento para que la encomendase a la divina Majestad que le volviese los sentidos(siquiera para que recibiese los sacramentos). Estando una madrugada con estas ansias, fui arrebatada en espíritu y me llevaron a casa de mi sobrina. Yo me asusté mucho, pensando que todos los que estaban presentes me veían (era casada y tenía hijos) y tuve grande vergüenza y no quise pasar adelante. Me dijo el ángel de mi guarda: *No temas que nadie te ve. Llégate a la cama de la enferma y llámala, que se levante luego y estará buena. La llamé y se levantó y volvió a sus sentidos, que había estado tres días sin ellos. Quedó buena y lo está hoy* ³⁷.

Me fue mostrado un convento de nuestra Orden capuchina que hay en Milán. Fui llevada a la enfermería en donde había una religiosa para expirar. Teníala el divino y amado esposo reclinada en su amoroso pecho y la reina del cielo con grande júbilo y gozo la asistía y no daba lugar para que el enemigo le hiciese ningún daño. Vi también la comunidad con la caridad y fervor que le asistía como verdaderas hermanas y le ayudaban mucho en la ocasión que más soportaba. Me dijo mi divino Señor: *Querida hija mía, bien has visto lo que te he mostrado y que también hay almas que me aman y dan gusto Esta que tengo en mi pecho como ves, es verdadera esposa mía y la amo ternísimamente. Mas aunque me ha sido tan fiel, tiene algunos defectos que en esta vida mortal y miserable no faltan esfuerzos a satisfacer el rigor de mi justicia. Tres horas ha de estar detenida de verme y gozarme. El amor que le tengo es tan grande que la quiero llevar luego conmigo. Sal tú a padecerlas para que me la lleve conmigo. Yo, llevada de aquel incendio divino y gozosa de que le gozase, no solo esta, sino todas las del mundo, lo acepté gustosa.*

Estando una noche yo en oración, hallándome toda absorta en mi Dios, fui llevada en espíritu a Madrid y me fue mostrado cómo se levantaba un gran tumulto contra una pobre doncella moviendo unas cuchilladas dentro de su misma casa, dando a entender lo que no debían ni era verdad, que hay hombres tan malvados que si no alcanzan lo que locamente pretenden, procuran quitar la honra con sus lenguas. La reina de los ángeles me mostró la inocencia y pureza de esta doncella. Teniéndola en sus brazos, le ponía una vestidura blanca en

³⁷ A pp. 146 y 151.

premio de su inocencia. Dijome: *Esta padece por defender su pureza y yo la amparo y defenderé, que la quiero para mí y descubriré la verdad* ³⁸.

Cuando mi padre espiritual estuvo apretado de trabajos, le asistí en todos ellos en espíritu, hallándome presente, haciendo los caminos que hizo a Granada como en los tribunales en donde pasaban los pleitos y cargos que se le hacían. En el de Granada, asistí y entendí cómo aquellos señores juzgaban con rectitud y le fue dada sentencia a favor para que se le diese luego la posesión del curato. Pero el demonio, estando en Granada mi padre espiritual, una noche, yendo a sus negocios, le quiso el enemigo derribar en un cenagal y hacerle mucho mal, abatiéndole en él, pero mi divino Señor acudió con su ayuda y favor para que no se le hiciese ningún daño. Lo mismo sucedió cuando iba y venía de Granada a Murcia, de todo lo libró mi divino Señor y sacó con victoria y venció a los contrarios que le perseguían.

Otro día, estando rezando en el coro con la comunidad, fui llevada en espíritu a Valencia en donde me fue mostrado lo que pasaba en una elección y capítulo que se hacía de provincial en cierta Religión. Vi cómo salía toda la comunidad en procesión de la iglesia. Llevaban delante un estandarte o pendón con las insignias de la advocación del convento. Y juntamente salió otra procesión de demonios que seguía la de los religiosos; persuadíanlos para que hiciesen a uno de los religiosos que pretendía serlo. Y con sobra presunción, pensaban que no había otros que más lo merecieran. Yo pedí a mi Dios que diese luz a los que habían de votar para que eligiesen al que era conforme a su voluntad y no diese lugar a que los demonios salieran con lo que pretendían. Mi benignísimo Señor, como padre de misericordia, acudió enviando grande número de ángeles que con valor e imperio echaron a los demonios del capítulo, quedando ellos poniendo en los corazones de los que habían de votar la voluntad de mi Dios. Rendidos a su obediencia, sacaron al que convenia ³⁹.

El 27 de diciembre de 1657 perdí los sentidos y sentí al ángel de mi guarda que me tomaba de la mano y me llevó a Flandes en donde estaba el ejército de los españoles. Me fue mostrado las grandes ofensas que hacían a mi Dios, viviendo no como cristianos y verdaderos católicos, sino como bestias brutas, dejando correr la rienda a los vicios. Veía cómo se daba la batalla con los franceses y juntamente se entremetían los ejércitos de los enemigos infernales y hacían grandes diligencias para llevarse a las almas a sus cavernas infernales, solicitándolas por cuantos modos podían y veía cómo conseguían lo que pretendían, cayendo muchas al infierno. Fue tan grande la aflicción y tribulación que padecía mi corazón que me pareció ser imposible poder tolerar la pena que

³⁸ A pp. 127 y 138.

³⁹ A pp. 208-209 y 218.

padecía de ver a mi Dios tan ofendido y que tantas almas perdiesen y malograsen el valor inestimable de su preciosa sangre... Volví a mi ángel y le dije que me sacase de allí que ya no tenía fuerzas para más. Me respondió: Ten fortaleza pues te la da y fortalece su divina Majestad. A mí me ha sido mandado te traiga aquí para que clames vidas a la divina misericordia que aplaque el rigor de su justa justicia que aquellos que viven aún pueden recibir las gracias, si ellos quieren disponerse para recibirla ⁴⁰.

En Roma asistió en una peste que padecía, pues un día en que se corrían toros en Murcia se fue su padre espiritual al convento de capuchinos y haciendo descubrir (exponer) el Santísimo Sacramento y poner toda la comunidad en oración, se sintió la venerable Micaela arrebatada por su amante esposo con tan fuerte violencia que le quitó los sentidos y, hallándose transformada en Dios, le manifestó la ciudad de Roma y la severa justicia que se ejecutaba en una lamentable peste que padecía. Le mostró también la causa de este castigo, que eran los pecados nefandos y juntamente estaba viendo cómo caían en el infierno las almas de los que morían ⁴¹.

En Cádiz se halló también el año pasado, asistiendo a los españoles al tiempo que los ingleses afligían aquellas costas y estaba viendo como caían en el infierno las almas de los ingleses que morían. En el mar se halló varias veces librando las galeras de España y de otros reinos de diferentes naufragios y a personas muy conocidas que navegaban en ellas y lo mismo hizo con algunos navíos, librándoles de la esclavitud de los moros ⁴².

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Estando una vez en la misa al tiempo del Credo, al *incarnatus est*, inclinándome profundamente en el conocimiento de mi vileza, dándole a mi Dios las gracias de haberse querido encarnar y hacerse hombre en las entrañas de la Virgen y quedarse en este divino sacramento, quedé como fuera de mí y no solo quisiera dar la vida, sino millares de vidas que tuviera por la fineza de haberse quedado sacramentado. Y sentí a mi divino Señor sacramentado, acompañado de innumerables ángeles y de toda la majestad y grandeza que está en este divino sacramento. Entró en mi pecho y dos ángeles le pusieron en una rica custodia y adornáronla como para tal Majestad que, mostrando lo fino de sus amores con la criatura más ingrata que soy yo, sentía que me decía: *Querida y amada mía, aquí*

⁴⁰ A p. 128.

⁴¹ Panegírico, pp. 34-35.

⁴² Ib. p. 41.

me tendrás sacramentado siempre en tu corazón como real y verdaderamente lo estoy en este altísimo sacramento.

Otro día, al ir a comulgar, pareciéndome que sentir a mi Dios sacramentado en mi alma de comunión a comunión no podía ser y habiendo dos días o tres que no había comulgado y sentía lo mismo que si lo hubiera recibido, me afligía y temía no fuese engaño del enemigo. Pero el confesor me respondió que era verdad y me consoló mucho.

Otro vez me resolví a no confesarme y con esta ocasión dejar las comuniones, pues en dejarlas quizá lo que sentía del S. Sacramento se me quitaría. Mas no me sucedió como yo pensaba, que estando diez días sin comulgar sentía más la asistencia en mi alma de mi Dios sacramentado, asegurando más cada día que era cierta la misericordia que me hacía. Estando una madrugada en oración, mi querido esposo me acariciaba y regalaba. Y junto con las caricias me reprendía, diciéndome: *¿Cómo dices que me quieres y estás dejando los sacramentos como los dejas de recibir por las dudas y temores que tienes? Cuando tienes la ocasión, la quieres perder y no tomas consejo de quien te tengo dicho que ahora es el tiempo en que te lo ha de dar y consolar en lo que padeces.*

En la Cuaresma de 1669 Jesús le dijo: *No te aflijas porque no ganas las indulgencias, que sí las ganas con lo que rezas pues me tienes en tu pecho sacramentado. Que si tu temor y duda es que no puedes con la estación pequeña, ganas las indulgencias (lo mismo), porque si no estás delante de mi presencia sacramentado, siempre estoy en ti sacramentado y en cualquiera parte que reces, ganas las indulgencias* ⁴³.

Estando un día de la octava del S. Sacramento con grandes cariños de asistir en el coro con la comunidad por estar toda la octava al descubierto (expuesto) y yo no podía por estar ocupada en la oficina que tengo dicho, quiso mi divino Señor consolarme, llevándome en espíritu para que le asistiese y estuviese en su presencia, metiéndome dentro de sí mismo sacramentado, transformada todo en él, dándome inteligencias de su grandeza y de la fineza de su inmenso amor en quererse quedar en este divino sacramento...

El dos de agosto de 1648, después de haber comulgado, hallábame toda embebida y transformada en mi divino Señor sacramentado, encendido mi corazón en llamas de su amor y deseos de padecer, y me fue mostrado en espíritu cómo el enemigo me estaba armando una ocasión, no de pequeño sentimiento para mi mal natural colérico, y más viniendo por manos de criaturas. Temí

⁴³ A pp. 197.200.202-203 y 219.

mucho, no la ocasión sino a mí misma y el ofender a mi Dios. Pero me alentó mucho el saber de mi Señor el cómo me había de portar en ella que era callando y sufriendo por su amor ⁴⁴.

Yendo un día a recibir a mi divino y amante Dios sacramentado toda la comunidad, llegóse a recibirle una religiosa. Y el que daba la comunión no se veía muy bien, que mi padre espiritual estaba enfermo y por esta causa la daba la comunión este sacerdote. Y dando la comunión, se le cayó una partícula tan grande como la tercera parte de la forma. Sintióla caer la misma religiosa y díjolo cuando llegó una novicia que era la última que comulgaba después de la misma, que se le había caído. El sacerdote fuese a proseguir con la misa, ignorando lo que había pasado.

Quedóse mi madre abadesa y la novicia y yo buscando la partícula con grandes ansias, que eran tan grandes las que padecía mi corazón como no las sabré significar. Abrasada de los amores de mi dulce esposo no sosegaba hasta que la hallase. Halléle en el hábito de la novicia y, sin reparar en lo que hacía, toméla en la mano. Hirióme el corazón con un incendio de amor tan grande que me sumergía en sí mismo, dándome particular inteligencia de que pidiese la licencia de lo que era su santísima voluntad a la que estaba en su lugar. Preguntélo a mi madre abadesa qué haría teniendo a mi divino señor sacramentado en mis dedos. Respondióme pronta, sin reparar en nada, diciéndome: Cómaselo, madre. Yo, aunque la había ya recibido, puse luego en ejecución su mandato, sintiendo nuevos y más ardientes incendios de su divino amor.

Regalábase dulcemente en mi corazón, dábame unas inteligencias muy sutiles en lo más íntimo de mi alma. Con sus amorosas palabras me decía: Querida y amada esposa mía, mi amor ha buscado esta nueva invención para volver a entrar segunda vez en tu alma y premiarte el amor y ternura con que me amas sacramentado y que me imites en la noches del jueves de la semana, que obré esta fineza de mi mayor amor para las criaturas. He querido que tú, de tu mano, me recibieses como yo me recibí a mí mismo; y también, como yo primero pedí el beneplácito y obediencia de mi eterno Padre, así he querido que tú lo hagas con la que ocupa mi lugar ⁴⁵.

EL ÁNGEL CUSTODIO

⁴⁴ A pp. 31-32.

⁴⁵ A pp. 318-319.

Estando el viernes santo a las tres de la madrugada en el coro, con grandes ansias de recibir a su divina Majestad sacramentado, quejábame amorosamente y decíale: ¿Es posible, querido mío, que tengo de estar sin recibiros hoy? ¿Cómo he de poder tolerar la consideración de vuestras penas y las finezas de un amor tan inmenso, y, en particular, el haberos querido quedar en este divino sacramento? ¡Ea, Señor, que no puedo más tolerar las finezas de vuestro amor!

Fue tan grande el ímpetu de amor divino que perdí los sentidos. Vi que me traía un sacerdote de extremada belleza, vestido sólo con el alba y estola, el Santísimo sacramentado en las manos. Y me dijo que le recibiese. Yo me llegué, aunque temerosa y encogida, conociendo su grandeza y majestad. Recibí la sagrada comunión de manos del sacerdote que me le traía, que a mi parecer era el ángel de mi guarda. Vi que estaba allí conmigo mi venerable Madre sor María Angela Astorch, que padecía los mismos deseos que yo.

El 10 de septiembre de 1667, día de san Nicolás de Tolentino, estando en el oficio divino con la comunidad, sentía en mi alma un celestial consuelo. Sentía en mi alma a mi ángel san Miguel que me acariciaba y fortalecía para echar a lo profundo del infierno a los espíritus malignos y no daría lugar para que me sumergiesen en el abismo de su soberbia. También sentía a mi querido Padre san Francisco que me dijo con amor de ternísimo padre: *No te aflijas, querida hija mía, que yo también saldré tu fiador y te defenderé del espíritu infernal de la soberbia. Lo mismo me ofreció san Nicolás.*

Un día el Señor le inspiró hacer o renovar cuatro votos: de obediencia al confesor, de pobreza, de castidad y de clausura. Y anota: *Fuéronme señalados cuatro ángeles con el de mi guarda para que me asistiesen e inspirasen siempre la perfección con que había de guardar los cuatro votos que había hecho y ofrecido a mi Dios, que fue tanto lo que me dio a sentir de sus dulzuras que se suspendieron los sentidos y potencias todas engolfadas en mi Dios.*

Otra vez sentí a mi ángel de mi guarda que me alentaba. Mostróme a una religiosa que de medio cuerpo arriba ardía en grandes llamas de fuego. Lo demás iba como capuchina. Yo no la conocí, porque traía la cara tapada con el velo negro. Quedé admirada y deseosa de saber lo que significaba aquella visión. Me fue dada inteligencia de que aquella religiosa que veía no era muerta aún, pero que en breve tiempo moriría. El llevar el rostro cubierto era para que no la conociese por ser del mismo convento. Había una Madre de las fundadoras muy mala. Yo, por si acaso se la llevaba, le había hecho el ejercicio del paso del alma. Me dieron a entender lo aplicase por la que había visto que aquellas llamas eran

las penas que aquella alma había de padecer en el purgatorio, que la ayudase antes que saliese de esta vida para que no fuesen tantas ⁴⁶.

El 21 de enero de 1669 enfermó la Madre abadesa y el último de este mismo mes murió. Sentí a mi ángel de mi guarda que en lo más íntimo de mi alma me decía: *Levántate y ven conmigo No temas. No te acobardes. Vente conmigo al coro y desafía todas las penas trabajos que te pueden venir y a todo el infierno.* Mi ángel me dio la mano y me llevó. Me acompañó hasta el coro. Y llegando me postré en tierra en cruz. Hice lo que mi ángel me había dicho. Después me levanté, hice la disciplina de sangre hasta que mi ángel me mandó la dejase y me estuviese en oración. Estuve hasta que querían tocar a Prima, que es a las cinco. Me salí del coro y mi ángel me volvió a acompañar con gran cariño y amor, que a mí me movía a corresponderle. Con el mismo deseo de saber cómo se llamaba me respondió que era el ángel que había acompañado y ayudado en todos sus trabajos a Tobías, que su nombre era Rafael, que quiere decir medicina de Dios, que el Señor le había constituido para ángel de mi guarda y defensa de los peligros de esta vida. Me vino grande deseo de verle su hermosura y belleza. Me preguntó que si quería verle. Le respondí que no, que la fe me decía lo que sería, que más quería mortificar mi deseo que no dar lugar a que el enemigo me engañase con alguna visión falsa. Los afectos que me quedaron fue gran ternura y amor a mi ángel de mi guarda y muy gozosa de saber cómo se llamaba ⁴⁷.

Estando una madrugada atormentada de grandes dolores, sentía un fuego tan grande que parecía que interior y exteriormente me estaba quemando. Había pasado toda la noche en este padecer y me sentía tan sin fuerzas que me parecía que ya no lo podía tolerar. Quejábame amorosamente a mi amado esposo y le decía: *¿Hasta cuándo, querido mío, me ha de durar este padecer que cada día me hallo más miserable y sin ningún fruto en medio de este sentimiento?* Sentía en mi alma una gran dulzura y suavidad que me pacificaba y suspendía los sentidos y potencias, que, hallándome toda en mi Dios, me hallé fuera de mí.

Sentí que mi ángel de la guarda me tomó de la mano, aunque no le veía sí lo sentía. Me llevó a una soledad tan profunda y oscura que me causaba grandes temores y más cuando me sentía tan desamparada y sola que ni aún a mi ángel sentía. Pero no por eso dejaba de caminar que, cuanto más caminaba, era mayor la soledad y oscuridad en que me hallaba. Entonces sentí a mi ángel que me alentaba y me decía: *Ten ánimo, que, para llegar donde pretendes, todo esto es nada para lo que te queda que pasar. Ten fe y esperanza y caridad que, teniendo estas tres virtudes fijas en tu alma, todas las dificultades vencerás y caminarás segura.*

⁴⁶ A pp. 25,230 y 235.

⁴⁷ A p. 236.

En cierto momento sentí en espíritu a mi ángel que me tomó de la mano y me dijo: *¿Qué haces? ¿No tienes ánimo? Ahora te paras. Camina y no temas que aunque te parece te faltan las virtudes que te he dicho, no te faltan. Camina que segura vas.* Me dejó sola, pero animosa en el interior del alma en donde sentía la fortaleza divina. Proseguí el camino sin arrimo de nada, sí solo el deseo de dar gusto a mi Dios, pero no conocía que este solo temor me daba a padecer mucho.

Pasé este camino tan trabajoso, eran unas cuevas tan llenas de barrancos tan profundos y oscuros que solo se descubría lo tenebroso de las penas del infierno. Solo tenía de alivio que los demonios no me hacían nada, antes se retiraban. Conocía que el mayor enemigo que tenemos somos nosotros mismos y nuestras pasiones y la propia voluntad. Esto hace que vayan las almas al infierno. Me hallé tan sumergida en esta profundidad de tinieblas que no veía su fin. Y lo que más me afligía era el pensar que no había de salir de ellas. Sentía en mi alma la fe y esperanza y caridad que con este aliento pasaba y no dejaba de caminar.

Cuando más afligida estaba, que parecía que todo me iba faltando, sentí a mi ángel que me tomó de nuevo de la mano y me sacó de esta oscuridad y me llevó a una solead, no tan terrible como la pasada. Me descubrió el mar y en medio de él una ciudad. Me dijo que mirase, si quería pasar aquellas aguas tan furiosas y bravas para llegar a donde deseaba que en aquella ciudad estaba lo que deseaba y adonde pretendía llegar. Díjeme que sí, pero que me dejase descansar un poco, porque estaba sin fuerzas. Me dijo que no había de tener descanso ni le había de querer tener en esta vida. Que entrase luego en aquel mar y que me armase fuertemente con las tres virtudes. Entré en aquellas aguas. Cuando más iba entrando, más furiosas y alteradas se ponían. Iba rompiendo las aguas y se levantaban las olas tan furiosas que me querían sepultar. Mas yo, asida a las áncoras de la fe y esperanza, caminaba agua arriba. Cuando me llegó a la garganta, me hallé tan apretada que ya pensaba había de ser lo último de mi vida. Sentí a mi ángel muy gozoso. Me daba la mano y me sacaba de las aguas de las tribulaciones que en esta vida hay. Salí tan cansada que no podía dar paso, caminé un poco por tierra firme y llana, pero los pies se me entraban en la tierra y no me dejaba dar paso ni me podía mover. Tomóme de la mano, haciéndome grandes caricias, hasta llegar a las puertas de la ciudad donde me llevaba. En llegando, díjome mi ángel que me sacase de rodillas y recibiese el rocío de la gracia. Recíbala tan abundante, que bañó mi alma de los celestiales consuelos; que como copos de nieve tan espesos como los átomos del sol, así caían en ella.

Llamó mi ángel a la puerta. Abrióla una señora toda vestida de blanco, mas no sé decir el cómo era su belleza. Abrazóme con grandes caricias. Me llevó sin ver el cómo me llevaba. Entróme en una sala en donde había una cama de una blancura tan grande que no sé a qué compararla. Hícelo. El descanso y

consuelo que mi alma recibió, yo no lo sé explicar con palabras. Sólo diré que participaba el cuerpo de lo mucho que gozaba en mi interior. Mas en medio de todo este recreo, gozoso, que sentía en mi interior y exteriormente, sentía algo de aspereza en los pies. Causábame esto grande admiración y sentimiento de ver mi poca mortificación, pues en medio de tanto gozar estuviese tan viva para sentir.

Preguntéle a aquella señora y a mi ángel que no se me apartaban de mí, díjeles que cómo sintiendo yo tanto consuelo y recreo en todos mis miembros, sentía aquella pena en los pies.

Respondiéronme que en esta vida no hallaría gozo perfecto, que aquella aspereza que sentía en los pies, en medio de tanto gozar, era para que me conociera mi vil naturaleza; cuán frágil y miserable soy, pues una nonada me aflige y perturba. Quedé enseñada y conocida de mi nada ⁴⁸.

TRANSVERBERACIÓN

Estando una noche en la oración después de maitines, me fue mostrado en espíritu un ángel con un dardo de fuego que me lo metió en el corazón. Fue tan grande el dolor y fuego que sentí que me penetró todos mis huesos y caí en tierra desmayada. Mas el ángel me detuvo para que no me hiciese mal. Estuve así cosa de una hora, gozando y padeciendo lo que yo no sé decir, sino que me abrasaba y quemaba en llamas de amor divino que lo sentía en lo más íntimo de mi alma. Del fuego que sentía en mi interior me daba calentura y tan grandes dolores en los huesos que me parecía que me estaba quemando. En medio de este padecer, me hallaba en una pacificación muy grande que cuanto mayores eran los dolores que padecía, era mayor la paz que mi alma gozaba ⁴⁹.

ESPOSA DE JESÚS

El día de santa Clara de 1669 su divina Majestad se me manifestaba con caricias de esposo en lo íntimo de mi alma con gran número de ejércitos de ángeles que le asistían y guardaban la custodia. Tuve inteligencia de que aquellos ángeles siempre les tenía en guarda y asistencia del Santísimo Sacramento que dentro de mí tenía en mi corazón, que era la custodia en que estaba puesto este soberano Sacramento que con ternuras de fino amante me decía: *Querida mía. ¿Quieres ser mi esposa?* Yo en lo íntimo de mi alma respondía que no sabía cuán de corazón me había ofrecido a serlo. Me respondió: *Pues ahora quiero que me jures que has de ser toda mía que no quiero que en nada seas tuya.* Yo juré ser

⁴⁸ A pp. 112-116.

⁴⁹ A p. 91.

toda de mi Dios y de dar la vida por su amor. Mi divino Señor se me mostraba, jurándome ser todo mío y no dejarme jamás, sino tenerme siempre con fineza y amor de esposa y, como esposo, lo firmó con su sangre en mi corazón... Sentí que mi dulce esposo me decía: *Yo me llamo Micaela y tú te llamas Jesús*. Lo que sentí no es posible explicarlo. Pero mi Dios me dio inteligencia de lo que recibía y comunicaba a mi pobrecica y pobre alma.

En la Semana Santa de 1654, mi divino amante me transformó en sí mismo y descubrióme su gran majestad y grandeza. Estaba como rey en el centro de mi alma. Asistíanle todos los espíritus angélicos con gran reverencia como a su rey y Señor. Yo, conociendo mi vileza y cuán indigna era de estar delante de tan grande majestad, temblaba y temía. Alentábame mi divino Señor, acariciábame como enamorado esposo, me llegaba más y transformaba en sí mismo. Decíales a los espíritus soberanos: *Esta es mi querida y amada esposa, esta es a quien yo derramo mis misericordias y yo me recreo en ella*. Estimadla y queridla, porque yo la amo y estimo como a esposa mía. Los ángeles se me ofrecieron muy gustosos a amarme y quererme como a esposa de su Señor y mío⁵⁰.

Halléme muy favorecida de las tres divinas personas. Mas en particular del Hijo que, renovando los divinos desposorios con mi alma como amoroso esposo, me dijo: *Pídeme mercedes...* Yo me hallé confusa y no sabía qué hacer ni lo que le había de pedir. Mostróme a cuatro religiosas de este convento de Murcia. Dándome a conocer sus interiores y me dijo: *Por estas quiero que me pidas, que las quiero muy perfectas en el camino de la perfección*. Mostróme también a una sobrina mía, hija de mi hermana, que aún no tenía un año. Me dijo: *Pídeme por esta que la quiero para mí...* Quedé sin sentido y me hallé en mi amado Dios transformada. Y, como esposo, me tomó entre sus brazos y me reclinaba en su amoroso pecho, diciéndome: *No te mueres, querida esposa mía, que yo soy tu vida y te la estoy dando. Descansa en mí...* Dióme a besar las llagas de los pies. Lo que mi alma gozó no me es posible explicar ni del modo que me pasó. Le pedí la bendición para la comunidad. Se la echó como amoroso esposo, enriqueciendo sus almas de sus divinos dones.

A veintiuno del mes de octubre de este mismo año 1651 después de haber comulgado, sentía mi alma que se estaba abrasando de amores de mi querido esposo. Quedéme absorta y transformada en mi amado. Me fue mostrado en espíritu a su divina Majestad que, como esposo, me regalaba y acariciaba. Dábame a entender de que quería renovásemos los divinos desposorios.

⁵⁰ A pp. 232 y 27.

Yo resistía temerosa, hallándome indigna de tales favores. Sentía a mi Madre y Señora y Reina del cielo, que venía acompañada de mi santa Úrsula, asegurándome ser de mi Dios aquel favor.

No aguardando mi consentimiento hizo lo que quiso su divina Majestad como dueño de mi alma. Se desposó con ella. Del modo que pasó no lo sé decir. En señal de esposa suya me dio un anillo muy rico. Púsome una joya de diamantes en el pecho de extremada hermosura, dándome a entender era en premio de lo que había padecido, en particular con la tentación de la fe. Aseguróme mi amado esposo que todo lo que me pasaba era suyo. Y en señal de que lo era, aquel mismo día vendría mi padre espiritual y le hablaría a solas como lo deseaba ⁵¹.

CAMBIO DE CORAZONES

Un día aparecióseme mi amado en visión intelectual y mostróme un corazón tan hermoso y rico que no sé decir cómo era por no hallar palabras con qué saber explicarme. Me dijo mi amoroso Señor: *¿Quieres que troquemos corazones?* Yo respondí: *Sí, amado mío, que no satisfarán mis ansias menos que con mi Dios. Quedé fortalecida y consolada.*

Otro día, estando en el coro con la comunidad, me sentí dulcemente herida de la llama del divino amor de mi divino Señor sacramentado que me sacó de mí, aunque no perdí la atención al divino oficio, pero con lo más íntimo y centro profundísimo del alma vi cómo mi divino esposo me tomaba mi corazón en sus manos y como se comulgó a sí mismo. Recibió mi corazón y tomó el suyo y me comulgó a mí diciéndome: *Del modo que yo estoy en ti, quiero que tú lo estés en mí, siendo los dos uno, en un querer y voluntad ⁵².*

EL DEMONIO

Luego de profesar, empezó el enemigo a hacer de las suyas. Apareciéndoseme en sombras negras, causábame grande miedo y no podía estar sola, aunque fuese de día... El enemigo, viendo que no me podía impedir la oración, tomó otro medio para inquietarme en el coro y hacerme salir de él,

⁵¹ A pp. 38 y 49.

⁵² A pp. 36 y 235.

tomando forma de una religiosa que venía a llamarme con mucha prisa. Yo no hacía caso, conociendo que era el embustero. Otras veces, se me aparecía en forma de ratón y de un animal ponzoñoso, no solo para inquietarme a mí, sino también para que alborotase a las demás religiosas.

Cuando me ponía a escribir, el demonio lo primero que hacía era ponerse en forma de araña y de otros animales ponzoñosos encima de lo que escribía y me apagaban la luz. Todo era para hacerme perder la paciencia y cierto que me la hicieran perder, si no me tuviera prevenida mi divino Señor. Ya que no podía, incitaba a las religiosas para que viniesen a ver lo que hacía movidas de buen celo. Incitábalas para que fuesen a la Superiora, diciéndole que mirase lo que hacía y la licencia que me daba para escribir que examinase con mucho rigor mi espíritu. Hacían diligencia para leer lo que escribía, tomando papeles que le daba a la Superiora. Sin que lo echase de ver, los tomaban para leerlos.

Aparecíánseme los demonios en forma humana. Tomaban la de algunas personas que yo conocía, tomaban la de mi confesor. Llegábanse a mí haciéndome fuerza para quererme hacer cosas que no son para dichas. Los incentivos y movimientos que en el natural sentía eran tan fuertes que, si no me favoreciera el favor divino, desfalleciera y caería. Como tenía miedo, el confesor me mandó en virtud de santa obediencia fuese sola y a oscuras a lo más retirado del convento. Incitábanme los demonios a que no le obedeciese, amenazándome que me habían de quitar la vida y también a mi confesor. Mas yo no dejaba de obedecer y con resolución de perder la vida antes que faltar a la obediencia. Como no podían por este lado, me apretaban por otro. Hacíanme que le echase maldiciones, el confesor tentándome con la irascible tan fuertemente que sin saber lo que me hacía, se las echaba, mas no de corazón, que yo no sabía lo que me hacía, que estaba como fuera de mí. Cuando hacía la disciplina, me decían que me quitase la vida, dándome de modo que derramase tanta sangre que me quedase muerta y ellos me llevarían en su compañía, ya que no tenía remedio y estaba condenada ⁵³.

Estaba muy apretada de tentaciones. En particular me atormentaba mucho la que padecía contra la castidad, que tomaba forma de hombres y otras horribles figuras y me incitaban con incendios infernales para mover la voluntad para que les diese consentimiento... Como me enviaban a que acompañase a algunas religiosas a deshoras como a la madrugada, de noche, que eran ocupaciones forzosas, valíase el enemigo de la ocasión incitándome a que dejase la religión y me fuese con él, prometiéndome grandes comodidades y gustos, facilitándome todas las dificultades que se me podían ofrecer. A veces tiraban de mí para que lo ejecutase. Mas yo con ánimo y resolución les decía que no se cansasen en

⁵³ A pp. 23.61 y 85.

porfiarme que en la religión tenía todos los gustos y felicidades que podía desear. Otras veces me impedía el paso para que no fuese a hacer la disciplina y se me aparecían en formas horribles y espantosas.

Mandábales en el nombre de mi Señor Jesucristo, a quien debían obedecer y estar sujetos. Al instante se postraban en tierra y humillaban su soberbia, mas rabiaban contra mí. Yo, fiada de mi Señor, no les temía y pasaba por encima y los pisaba. Ellos, enojados, me armaban otras invenciones. Cuando hacía disciplina, levantaban grandes ruidos, pensando que eran ladrones para que me fuese aprisa, si no quería que me viesen. Yo no hacía caso. Otras veces tomaban forma de hombre que estaba en aquellos montes y que se entraba por el tejado adonde yo estaba, que era una falsa cubierta y era muy fácil el entrar. Mas luego me lo daba a conocer su divina Majestad. El demonio, viendo que no hacía caso, hacía tales demostraciones y acciones deshonestas que me provocaba fieramente el natural con incentivos infernales. Y Jesús me decía: *Quiétate* (estáte tranquila) *que yo estoy contigo* ⁵⁴.

Un día se le presentaron muchísimos demonios sin dejarle inclinar la cabeza delante de una imagen de la Virgen. Los estaba viendo corporalmente, tan espesos como los átomos del sol y primero se le manifestaron como mosquitos y después se transformaron en sombras negras, tentándola en lo irascible y desesperación, pues la persuadían de arrojarse a una balsa y a un pozo. Tentábanla muchas veces con la fe y le forzaban a pronunciar blasfemias ⁵⁵. Algunas veces acabando de comulgar, le apretaban la garganta para que no pasase la sacramentada forma, incitándola a sacársela con los dedos y arrojarla, pero bebiendo agua bendita la pasaba. Otras veces, le apretaban las muelas, dientes y boca de forma que de ninguna suerte podía abrirla y con el precepto de su padre espiritual, huían los demonios y podía abrir la boca para recibir la sagrada comunión ⁵⁶.

CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Muchas veces me ha manifestado mi Dios los interiores y tentaciones, así de las novicias como de las profesas que he tenido en el noviciado. He procurado avisarles de las trazas y mañas del enemigo para impedirles el camino de la perfección. A algunas les ha tentado con ocultarme la verdad de lo que pasaba en su corazón, arriesgándose a comulgar con algunas faltas, aunque leves, mas callaban y no me las decían. Mi Dios, a quien nada se le oculta me las

⁵⁴ A p. 68.

⁵⁵ Panegírico, p. 129.

⁵⁶ Panegírico, p. 130.

manifestaba y me daba inteligencia del disgusto que tenía de aquella alma. Aunque las faltas eran leves, le desagradaban mucho. Otras veces me manifiesta el Señor lo que pasa en el coro, las faltas que se hacen para que las corrija, dándome inteligencia de lo mucho que siente que estén tibias y flojas delante de su presencia y diciendo sus divinas alabanzas sus esposas.

En una ocasión, estando muy retirada de dos religiosas, una profesa y la otra novicia, que tenían licencia para hablar lo necesario para lo que hacían, que era una labor, me hizo advertir su divina Majestad de lo que se hablaba y lo gustoso que estaba el enemigo de tal conversación, ya que la profesa daba acogida a la tentación que la atormentaba de desesperación y contra los que habían sido la causa de su dicha de ser religiosa y profesión. Esta tentación le nació de que yo le reprendí una falta de Regla y en esta murmuración era la mayor parte contra mí. El Señor me dio inteligencia, pues la murmuración no era solo daños para una comunidad recién fundada y me dio mi Dios a entender que se lo dijese a la Superiora para que pusiese remedio con toda prudencia, como se hizo.

En otra ocasión me mandó mi padre espiritual pidiese a mi Dios por una señora que estaba sumamente afligida desde hacía un año que su marido estaba fuera y no venía. Decían que estaba en su tierra por unos negocios. Lo encomendé a mi Dios y me fue mostrado cómo el hombre, por medio de una mujer, se detenía y no le dejaba volver a su casa. Yo como conocí lo dificultoso que estaba, le pedí a mi Dios lo facilitase pues era todopoderoso para hacerlo y consolar a aquella pobrecita que tan grandes desconsuelos padecía.

Otro caso fue el de un obispo que se decía que se había ido a la morisma renegando de nuestra santa fe y, si era así, grande daño ocasionaba a la Iglesia católica por ser gran sujeto en todo y en las letras. Clamé a mi Dios y me fue manifestado el estado de esta persona. Me declaró que estaba cercado de gran multitud de enemigos, que le instaban con fuertes tentaciones para que lo pusiese en ejecución, pero el favor de la reina del cielo le valió para que no se ejecutase tan atroz tentación y así se halló que no fue verdad lo que se decía que se había ido a la morisma ⁵⁷.

Estaba un día esperando para confesarse una religiosa, compañera mía de noviciado ¿que padecía mucho acerca de las confesiones, porque le parecía que no se confesaba bien. Yo estaba junto a ella. Me dio mi divino Señor inteligencia de lo que pasaba en su interior. Y me dio fuerza interior muy grande para que me acercase a la religiosa y le dijese que no temiese, que de su parte le aseguraba que estaba bien confesada y se había de salvar. Quedó la religiosa tan segura y

⁵⁷ A pp. 326.309 y 312.

satisfecha de lo que le dije que me aseguró que no le había quedado la más leve imaginación de temores y esta paz la tuvo hasta que expiró, que luego cayó enferma, de la cual enfermedad murió.

Otro día me mostró los trabajos y tentaciones que había de padecer una religiosa en particular en una tentación contra la castidad. Y mostrábame mi divino Señor cómo le había de consolar y animar a padecer por ser de natural temeroso y muy escrupulosa. Y no era esta religiosa sola, sino también lo hacía con otras que me eran manifiestos sus interiores y tentaciones que padecían.

En otra ocasión estando haciendo labor con la comunidad, estando mi venerable Madre sor María Ángela Astorch asistiendo con todas como Superiora, quedóse la Madre absorta y elevada en su amado, conociéndose en su exterior los incendios del divino amor que ardía en su corazón. Fijó la vista en mí e hiriéndome el corazón de la luz divina, dándome inteligencia de lo que pasaba por el interior de mi venerable Madre, reprendíame con sus ojos la resistencia que tenía de volver a la oficina del torno. No me dejó hasta que me rendí y sujeté a la obediencia pues conocía era la voluntad de mi Dios.

En este tiempo, que me parece tendría diez años de religión, hicieron provisor a mi padre espiritual en la sede vacante del obispo Zarzosa, por haberle mudado a otro obispado. Pasaron muchas contradicciones entre los que habían de dar el voto para el provisor. Nada de todo lo que pasaba me lo ocultaba mi divino Señor mostrándome los que querían y los que no querían a mi padre espiritual, cómo le ponía una cruz muy pesada que le abrumaba y hacía llegar a la tierra. Me dio su divina Majestad inteligencia como los más contrarios se habían de rendir a su divina voluntad y darle el voto, que la cruz que le ponía tan pesada eran los trabajos que había de padecer con el oficio de prelado.

Durante la octava de Reyes de 1652, me descubrió en sí mismo todas las cosas presentes y ausentes y porvenir. Descubríame en las religiosas sus interiores, las tentaciones que padecían y enseñábame mi divino Señor lo que les había de decir para su consuelo y que caminasen a la mayor perfección. En las ausentes me mostró lo que pasaba en los interiores de algunas religiosas de otros conventos de esta ciudad de Murcia, los trabajos que padecían con los demonios y lo rabiosos que estaban con el padre espiritual que tenían ⁵⁸.

Un día estaba muy afligida una religiosa, que era la enfermera. Me dijo que lo que más sentía era que su padre estaba en pecado mortal por ocasión que entraba mucho en una casa y sustentábala como la suya. Sentíanlo mucho sus hijos. Yo lo encomendé a la divina Majestad, doliéndome de que hubiese

⁵⁸ A pp. 239.37.131 y 55.

ninguna alma en pecado mortal. Fue mi Dios servido de mostrarme en sí mismo el alma de esta persona, cómo no estaba en pecado mortal. Que estaba casado de secreto y no se atrevía a decirlo por no darles pena a sus hijos de que se hubiese casado con mujer desigual a la madre que habían perdido. Después les descubrió la verdad y trajo a la mujer a la casa. Tenía en ella una hija doncella y de muchas prendas que padeció mucho y dos o tres veces me la mostró mi Dios y la reina del cielo cómo se quería quitar la vida. Yo clamaba a mi Madre y Señora para que no dejase a aquella alma perecer y salirse el enemigo con lo que pretendía. Esto se lo decía a la religiosa que tengo dicho que era su hermana.

Estando un día mi padre espiritual, confesando a otra religiosa, me dio su divina Majestad inteligencia de lo que dentro pasaba. Le mandó a la religiosa por obediencia que tuviese cuenta con todo lo que yo hacía y que me mortificase sin darse por entendida. Que lo hiciera con cuidado. Yo entré luego que la otra salía y le dije: *¿Es posible que ya que me ha dado quien me mortifique, haya buscado la más escrupulosa y es de las que más me quieren y no hará cosa contra mí?* Estas inteligencias me pasaban cada día.

Un día otra religiosa con quien tenía yo hecho concierto de mortificarnos la una a la otra con licencia del confesor y de la Superiora, entró en donde yo estaba. Yo la miré y con una luz divina que me descubría todo lo que por aquel interior pasaba y cuán asida estaba a las penitencias, traía aquel día cuatro cilicios, yo la llamé y le dije me dijese la verdad, si los traía. Me lo negó, pero viendo lo que pasaba, le dije cómo sabía que traía cuatro y que luego se los quitase. Hizo mucha resistencia, pero al final me confesó la verdad y se rindió a lo que le dije.

A diecisiete del mes de mayo, día de san Pascual Bailón, estando haciendo oración al santo, llegó una señora, amiga mía, a decirme le pidiese por un hijo suyo que estaba en la guerra.

Llevada de una amorosa suavidad que me suspendía los sentidos, fuéme mostrado en espíritu cómo el santo, por la persona que le pedía, le tenía debajo de su amparo y protección, dándome a entender cómo habían llegado las galeras al puerto y que venía el hijo de esta señora en ellas con buena salud. Yo, sin reparar en lo que hacía y viendo la pena que tenía, le dije que no la tuviese, que ya su hijo estaba en Cartagena. De allí a un poco le vinieron nuevas de lo mismo que le había dicho. Quedé agradecida a mi Dios y Señor de los favores que me hacía por medio del santo, quedando en el conocimiento de mi nada ⁵⁹.

⁵⁹ A pp. 137.179.185 y 16.

En agosto de 1662, el día de santa Clara, después de la comunión, sentí a mi divino Señor que con amor de esposo muy benigno me transformaba en sí mismo. Me mostró a cuatro religiosas y me dijo: *Estas son las que dan motivo de lo que padecéis Quitadas estas, cesará todo. Pero, si queréis que me las lleve, habéis de ofrecer por sus almas todo lo que padecéis y os queda por pasar para que ellas se salven.* Yo me ofrecí de mi parte todo lo que fuera su santísima voluntad, que yo no conocía tener nada de mi parte, que todo era suyo, si había algo bueno. También ofrecí todo lo que podía haber merecido o padecido toda mi vida. También la Superiora se ofreció como las demás con permiso del confesor.

ALMAS DEL PURGATORIO

Muchas veces me manifestó el Señor las necesidades que padecen las almas del purgatorio. Veíales en espíritu manifestándome lo mucho que padecían y no tenían quien las socorriese en tan terribles penas como padecían, sin tener quien se acordase de su remedio, dejándolas padecer. Pedíanme las socorriese y ayudase a salir de aquellas penas tan terribles que padecían. Dábame su divina Majestad una caridad tan encendida y abrasada en el fuego de su amor, que les ofrecía todo lo que padecía. Unas veces veía que de la boca les salían llamas de fuego y de todos los sentidos. Veíalas estar en unos lagos de nieve profundísimos, llenos de sapos, culebras, lagartos y todo género de animales ponzoñosos, dándome inteligencia que estos animales significaban las pasiones y apetitos y la propia voluntad con que se habían dejado llevar. A otras veía como bestias brutas, pues habían vivido como tales. Padecían atrocísimos tormentos. Otras veía que padecían en las llamas de fuego y que se despedazaban y mordían sus lenguas. Esto me daba a entender que eran las almas que habían dejádose llevar de la murmuración y con su lengua habían mordido a sus prójimos. Las palabras ociosas se pagan también con severísimos tormentos hasta la más leve imperfección, ya que nada es leve delante de un Dios, tan infinitamente bueno y tan digno de ser amado.

Me manifestó el Señor que mi padre espiritual estaba asistiendo al padre del doctor Roldán que estaba enfermo. Mi padre espiritual estaba ayudándole a bien morir y me encargó por santa obediencia que me encargase de esa alma para la hora de la muerte, para ayudarle a padecer las penas del purgatorio. Me ofrecí gustosa, conociendo que era voluntad de mi Dios que la aceptase. Murió de allí a dos o tres días. Al punto le sentí, luego que expiró, a pedir la obligación que tenía hecha. Desde ese día comencé a padecer grandes dolores de cabeza y me apretó mi achaque muy fuerte. Pasó adelante mi mal que fue fuerza llamar al médico, que era el que tengo dicho, hijo del difunto. Mandóme luego sangrar y cuanto más me hacía, más mala estaba. Sangraronme tres veces y las bebidas eran fortísimas y los demás remedios que me hacía. Dentro de dos días o tres vino mi

padre espiritual y me dijo que quería ayudarme a padecer. Lo hizo y no le cupo poca parte. También le ayudó con misas al difunto para que saliese luego del purgatorio. Fue la divina Majestad servido que fuese a gozar eternamente dentro de poco tiempo, apareciéndoseme glorioso y dándome las gracias del bien que le había hecho ⁶⁰.

En una ocasión estaba muy mala la mujer de nuestro síndico de la enfermedad de la muerte. Pidiendo al Señor, si era servido de darle la salud para consuelo de los de su casa, que tenía muchos hijos, me dio inteligencia de que era su santísima voluntad el llevársela, que la tenía bien dispuesta. Estando diciendo en el coro el paso del alma, antes de acabarlo, sentí en lo íntimo de mi alma cómo ya había expirado. Se me mostró en espíritu con gran compasión y ternura. Pedía le favoreciese con sufragios, porque por la gran misericordia de la divina Majestad se había salvado.

La gran misericordia de mi Dios, me la mostró gloriosa y cómo se la llevaba al eterno descanso. El alma me dio las gracias y yo se las di a mi Dios, que en tan pocos días la había sacado de las penas que padecía por sus descuidos y miserias. Su esposo se hizo sacerdote y el día que cantó la primera misa dio el hábito a una hija suya. Al ofertorio, me mostró mi Dios cómo le era acepta y de su agrado el sacrificio de aquel nuevo sacerdote que le ofrecía a su hija. Vi en espíritu cómo asistió a toda la función la madre y con muy particular gloria que por aquella función recibía de la liberalidad de mi gran Dios y Señor.

Un día, estando en el coro rezando con la comunidad el oficio por dos religiosas difuntas, me fueron mostrados las dos almas por quienes se rezaba el oficio. Tuve inteligencia de cómo las dos habían sido devotísimas del S. Sacramento. Y encendida del fuego de la caridad de mi Dios, le pedí con grandes ansias me hiciese merced de sacar así aquellas dos religiosas como todas las que hubiera en el purgatorio, devotas de este divino sacramento. Me lo concedió mi Dios, purificándolas de lo que les quedaba de padecer con el fuego de su amor y, como palomas candidas, volaron al descanso eterno, dándome las gracias. Y yo se las di a mi Dios por la merced que me había hecho.

En este mismo tiempo, apretando la peste y muriendo mucha gente, manifestóme su divina Majestad las almas de los que en Cartagena se me habían muerto de mis parientes, mostrándome las penas que padecían. Pedíanme las socorriese y aliviase en sus penas.

Los afectos que me quedaban eran de compasión, y dolor de verlos padecer y no poderlas socorrer. Como conocía mi insuficiencia y poco caudal,

⁶⁰ A pp. 100 y 226.

acudía a mi querido esposo con afectos interiores. Pedíale que me diese con qué socorrerlas que bien sabía que no tenía con qué. Hacíalo mi divino Señor comunicándome algo de su encendida y abrasada caridad, dándoles el valor a las pequeñas obras que hacía que, por hacerlas yo tan imperfectas, no tenían ninguno, mas unidas con sus méritos eran aliviadas de sus penas. Agradecidas las almas, me daban las gracias del bien que recibían. Yo se las doy a mi Dios que tan sin merecerlo me hace estos favores tan mal correspondidos de mí, si no es con ingratitudes y maldades ⁶¹.

En este mismo tiempo, apretó la peste en Múrela y Cartagena. La primera semana de Cuaresma me vinieron nuevas, cómo había muerto un primo hermano mío.

Y lo que más me afligió, fueron los rumores y dudas de su salvación. Pero la Majestad piadosa, para mi mayor consuelo, me sacó de dudas. El jueves, yendo a comulgar, sentí en mi alma sus divinas influencias. Quitáronse las dudas que tenía, manifestándome en espíritu la misma alma la dicha de su salvación. Mas que estaba padeciendo grandes penas hasta el día del juicio Pedíame le ayudase para salir de tan largo destierro. Sentí desde este punto, por espacio de ocho años poco más o menos, a la misma alma que no se apartaba de mí, pidiéndome la socorriese.

Los efectos que me quedaron de esta misericordia fueron amor de mi Dios, que quisiera dar mil vidas antes que perderle. Quisiera padecer todas las penas que padecen las almas del purgatorio, en particular por la que se me manifestaba. Ofrecíme a padecer todo lo que fuese voluntad de mi Dios porque saliese aprisa.

Padecí muchos trabajos interiores y exteriores y ejercicios de penitencias. Hasta que perdí la salud que no tuve poco que ofrecerle hallándome sin ella. Escribí a Cartagena pidiendo me hiciesen decir las misas de san Vicente Ferrer a mi intención y otras muchas misas que pedí.

Fue la divina Majestad servido de consolarme. Estando un domingo en la tarde, sola en la enfermería, pues estaba en ella por estar apretada de mis achaques, se me apareció en espíritu el alma de mi primo dándome las gracias del bien que le había hecho, pues habiendo de estar en el purgatorio hasta el día del juicio, se le había su divina Majestad conmutado en los ocho años que había padecido, que ya se iba a descansar en la eterna bienaventuranza.

⁶¹ A pp. 328.216 y 26.

Los efectos que me quedaron fueron un grande gozo en mi alma, agradecida a mi Dios por su gran misericordia, cuán liberal es siendo yo tan ingrata en corresponderle. Quedáronme deseos de más padecer por las almas del purgatorio, haciendo nuevas entregas de querer padecer todas sus penas y que fueran todas luego a ver y gozar de mi divino Señor ⁶².

Se hicieron las elecciones para abadesa y una religiosa recién profesada tenía gran afecto a una Madre de las fundadoras e iba con chismes y cuentos ajenos. Yo, como sabía todo lo que pasaba y lo había sabido antes que sucediese, defendí la verdad y por esto padecía mucho y me levantaban, no solo lo que no había hecho, ni aun pensado. Llegó esta religiosa a estar tan mala que la mandaron sacramentar.

Estando yo un día después de la comunión pidiendo por ella, no su salud, sino su salvación, me quedé suspensa y absorta en Dios. Me mostró el peligro que esta alma tenía y cuán a riesgo tenía el salvarse, mostrándome cómo no admitía otra cosa en su corazón que el amor y afecto que tenía a otra religiosa. Era este afecto tan desatinado que, en lugar de tener dolor de haber ofendido a su Dios, no le tenía, sino el de dejar a la criatura que en esto no se podía resignar y apartaba de su corazón a su creador y le echaba de él. Yo comencé a clamar y suplicar a mi Señor que la dejase y diese tiempo para conocer sus culpas. Me respondió mi divino Señor: *Mira lo que pides, que si esta vive así, a ti como a otras ha de ser causa de grandes escándalos en la religión y os ha de dar mucho a padecer.* Pero yo no podía dejar de pedir su salvación. Y me dijo mi Dios: *Si tú quieres que viva, vivirá. Si quieres que muera, morirá.* Yo respondí: *Querido esposo mío, no tengo yo otro querer que el vuestro. Si ahora no se ha de salvar, que viva y se salve.* Quedó buena esta religiosa, aunque no del todo, porque quedó con calentura continua.

Al cabo de un año murió hética, tísica y sin juicio y sin recibir los sacramentos, solo la olearon. Toda la comunidad hacía particular oración por su salvación... Aunque se había confesado, no tuvo el dolor y el conocimiento que debía y, cuando quiso hacerlo, se le perdió el juicio y no pudo confesarse con toda satisfacción a la hora de la muerte. Al tiempo de expirar, dio muestras de dolor que fue de consuelo para todas. Luego que expiró, fuíme al coro a hacer la estación por su alma y se me apareció en espíritu con terribles penas, en particular en la boca. Me dijo que lo que padecía en la boca era por lo que se había dejado llevar de haber hablado contra las religiosas. Le pregunté que por cuánto tiempo estaría en el purgatorio. Me dijo que por diez años, pero que por ruegos de la Virgen y madre de mi Dios, había alcanzado el venir a mí para que le ayudase y saliese aprisa de lo mucho que padecía. Me agradeció mucho lo que

⁶² A pp.21-25.

había hecho y lo que había solicitado de su salvación con la Virgen. Hasta que se fue al cielo, me dio no poco a padecer. Se le conmutaron en poco tiempo los diez años. Después que la divina Majestad la llevó a descansar, se me apareció gloriosa en espíritu y me dio las gracias por lo que había hecho por su alma ⁶³.

Murió en esta ciudad de Murcia una persona del Tribunal de la Inquisición. Había dejándose llevar de lo que no debía juzgar ni hablar; mas cególe la tentación. Y estando un día en el Tribunal con el inquisidor don Alejo de Boxados le dijo tales cosas acerca del venir y asistirnos el inquisidor y habló tan indecentemente así de su persona como de nosotras, que no son para dichas. Dijoselas en su cara, sin ningún rebozo, valiéndose de la dignidad y puesto, que los dos eran iguales en ello.

El inquisidor don Alejo se levantó de su asiento con el sentimiento que tales razones pedían. Se puso de rodillas delante de un Cristo, que hay en el Tribunal, muy devoto y dijole: “Bien sabéis, Señor, que esto que se me dice no es así, la pureza y verdad que en esto hay, la causa, es vuestra. Volved, Señor, por ella”.

No se me acuerda si fue este mismo día u otro, que le dio a esta tal persona perlesía (parálisis) en la lengua y en todo el cuerpo, que no se levantó más de la cama. Estuvo un año en ella sin tener quien le volviera la cara, padeció con gran miseria.

Murió de esta enfermedad, aunque murió advertido de su pecado; mas no hizo las diligencias, que debía de pedir perdón a quien había ofendido con su lengua tan temerariamente y en materias tan delicadas como la reputación y pureza.

Aparecióse después de su muerte a dos personas que servían en el convento, que había hablado también tan mal, como he dicho, delante de ellas. Dióles la satisfacción mostrando lo mucho que padecía por lo mal que había hablado y juzgado.

Estando yo una noche muy descuidada, sentí un grande tropel y ruido que venía en seguimiento de la Madre sor Gertrudis Díaz de Béjar, una de las mMdres fundadoras, venía muy asustada. Había también otras dos religiosas que también sentían el ruido, mas no le veían. La Madre le mandó de parte de Dios que dijese lo que quería si era alma. Si era demonio que se fuese al infierno.

⁶³ A pp. 154-163.

Comenzó a querer decir con una voz tan espantable y horrible que todas le pedimos a la Madre le mandase que callase. Yo puse más fuerza que todas porque le estaba mirando, que venía el alma con gran multitud de demonios y no le dejaban que hablase, que ellos respondían por ella y querían pasmarnos. Calló al instante que se lo mandaron, mas yo quedé toda la noche con su vista tan horrible padeciendo y proseguí algunos dos meses, que no me dejó un punto de día ni de noche, sin dejarme un instante de quietud. Mostrábaseme lo mucho que padecía y cómo los demonios le atormentaban con cruelísimos tormentos, en particular, en la lengua: tomábanla los enemigos y se la sacaban, y se la cortaban muy menuda y luego se la volvían a juntar con plomo derretido. Otras veces con unas planchas de hierro ardiendo, se las ponían en la lengua; y con unos cuchillos se la raían fuertemente. Otras veces le salía de la boca llamas de fuego y por todos los sentidos. Al fin, fueron tan espantosas y horribles las visiones que tuve del alma y de los demonios, que, si mi Dios no me diera fuerzas, no me fuera posible poderlas llevar, unas veces eran imaginarias y otras corporales ⁶⁴.

Mandóme mi confesor en virtud de santa obediencia fuese sola y que, en nombre de su Majestad divina, le mandase al alma dijese quién era y qué quería.

Hícelo y no con poco miedo, fiada de la obediencia de mi padre espiritual, hice lo que me había mandado, Me respondió el alma y me dijo cómo se llamaba y quién era. Y al quererme decir lo que quería, no le dejaban los enemigos (demonios), que no dijese nada más. Ellos me respondían que estaba condenada. Yo les respondía: Dejad perros que me responda el alma, que es a quien yo pregunto. Mas no era posible que le dejasen decir nada. Di cuenta de lo que me pasaba a mi padre espiritual, Me mandó que le dijese que fuese a mi confesor y dijese lo que quería. Díjeselo y fue apareciéndosele a las cuatro de la mañana a mi padre espiritual, diciendo lo que quería: que era pedir perdón de lo mal que había hablado y que los demonios no le dejaban para que fuera mayor su padecer que también padeciese el descrédito de que pensasen que era condenada no siéndolo que así le había dado su Majestad licencia al demonio que lo hiciese para su mayor pena y padecer; pues, pudiendo, no lo había hecho en vida.

Mi venerable Madre sor María Ángela Astorch, viendo los ruidos que había y lo afligidas que estábamos y participando también de ellos, escribió unas cédulas. Lo que en ellas decía no se me acuerda, sí solo que de parte de la comunidad le perdonaban y en particular aquellas que más había ofendido. Al instante cesaron todos los ruidos. Pero no dejó de aparecérseme algunas veces en espíritu, aunque diferente que antes. Venía el alma sola sin los enemigos y venía rodeada de llamas de fuego. Se me mostraba muy apacible. Me significaba su

⁶⁴ A pp. 110-111.

necesidad y me pedía la socorriese en ella y le ofreciese lo que padecía yo con mi enfermedad ⁶⁵.

Muchas veces le mostraba Dios los tormentos que padecían las almas más olvidadas de los hombres y en particular le pedía a Dios le diese a padecer aquellas penas para alivio de ellas y, concediéndoselo la divina Majestad, padecía acerbísimos tormentos en el cuerpo y veía que de la boca y sentidos de aquellas almas salían voraces llamas. Otras veces las veía en unos lagos de nieve profundísimos, llenos de sapos, culebras y lagartos y de todo género de animales ponzoñosos, dándole inteligencia de que aquellos animales eran los propios apetitos y voluntad con que se habían dejado llevar. A otras almas las veía como bestias que padecían grandes tormentos. A otras veía en medio de muchas llamas y que padecían singulares tormentos en la lengua. Eran las almas de los que se habían dejado llevar de la murmuración. Micaela les aplicaba muchos sufragios y después Dios se las volvía a manifestar, mostrándose agradecidas por el bien que les había hecho ⁶⁶.

Sacó del purgatorio muchas almas de las religiosas que murieron en los conventos de Murcia y Alicante y entre ellas a una abadesa de las que fueron a fundar a Murcia. Le manifestó Dios la salvación de dos condesas que la una era de Cifuentes y la otra de Paredes, y las socorrió con sufragios ⁶⁷.

El mes de mayo de 1656, estando de madrugada bien descuidada en oración, se me apareció el alma de mi padre espiritual don Alejo de Boxados que era inquisidor en este tiempo en Valencia. Yo le vi imaginariamente y como para decir misa con las manos juntas y traía casulla carmesí. Aunque estaba apartado de mí, me asusté mucho por ignorar su muerte, que aún no lo sabía nadie. Dijo: *Quiétate, hija mía, no temas que yo soy tu padre espiritual, el inquisidor, que hace días que soy muerto*. Le respondí: *¿Cómo; padre mío, no habemos tenido noticias habiendo muerto y que ya era tiempo que se supiese por la estafeta?*

Me dijo: *Por disposición divina, para que fuera mayor mi padecer, pero ahora vengo a ti para que me socorras y ayudes a salir aprisa del purgatorio. No temas y para que creas lo que padezco, dame la mano. Si es la voluntad de Dios, le dije, ofrezco de padecer todo lo que fuere servido para que aprisa salga mi querido padre del purgatorio que a todo estoy rendida y sujeta al divino querer.*

⁶⁵ A p. 112.

⁶⁶ Panegírico, pp. 80-81.

⁶⁷ Panegírico, p. 90.

Una religiosa que estaba conmigo en la enfermería me preguntó la causa de mi pena. Le dije que me nacía de pensar, si era muerto el inquisidor pero que no dijese nada a nadie hasta que se supiese cierto. Luego vino la nueva y quedé satisfecha de la verdad. Luego comencé a padecer grandes desconsuelos y desamparos de mi Dios. Me apretó mi enfermedad y dolores. Solo tenía de consuelo la caridad tan ardiente que sentía en mi alma y sentir la de mi querido padre en espíritu siempre conmigo, que me movía a más y más caridad y a más realzarla y unirla a los méritos de su divina Majestad.

Me consoló mi divino Señor el día de la Ascensión con mostrármeme a mi querido padre glorioso, como ya se iba a descansar. Me dio las gracias abrazándome. Dijo: Aliéntate que aún te queda mucho que padecer. Ahora te seré más padre que nunca he sido. Yo te asistiré con mi intercesión. Guarda mis consejos que, con buena voluntad, te los di, pues todos son conformes a la ley divina. Bien ves la gloria que poseo, pues la más ha sido por lo que me han dado a merecer las criaturas. Sufre y calla y ten paciencia que de todo saldrás bien ⁶⁸.

Una noche a las cuatro de la mañana, estando yo en oración, salía en aquel punto el alma del padre de una religiosa de esta miserable vida. Y se había salvado. Pero como hubiese de estar por mucho tiempo en el purgatorio, estaba esta misma hora pidiendo la religiosa por su padre con tantas ansias que obligó a la divina Majestad le diese licencia a su padre para que manifestase que era muerto y la necesidad que tenía de sufragios. Sintióle y fue tan grande el pavor que tuvo que pidió a su Majestad que viniese a mí. Su divina Majestad me manifestaba todo lo que pasaba. Y yo, llevada del ardiente fuego de la caridad, abracé gustosa la petición y dije que sí que viniese, que todo lo que fuese voluntad de mi Dios lo abrazaba y me ofrecía a padecer y ayudarle para que saliese presto del purgatorio. Conque, ayudándole su hija y yo con lo que pude con mi enfermedad, salió del purgatorio y se fue al descanso eterno en breve tiempo.

Un sacerdote muy conocido del convento estaba en Madrid y le dio una enfermedad de la que murió. Hacíanse rogativas en comunidad por su salud. Haciéndolas un sábado, antes de que viniesen las cartas de la estafeta, diciéndose una salve en comunidad sentía a mi madre y señora en lo íntimo de mi alma que me decía: *Este por quien pedís morirá*. Yo respondí: *¿Cómo Señora, no alcanzará la comunidad de vuestra Majestad que se la deis?* Dijo que, no esta vida, sino la eterna, que para esto valen las oraciones que hacéis. Me mostró en espíritu y me dijo: *Ahora es el tiempo en que has de pedir por esta alma para que salga en paz de esta vida*. Murió a las tres o cuatro de la tarde. Luego vino a mí para que le socorriese y aliviase en sus penas.

⁶⁸ A pp. 118-120.

El alma de este difunto no me dejaba un punto hasta que me ofrecí, si era voluntad de mi Dios, hacer todo lo que pudiera por su alivio. Vino la nueva de que había muerto como yo lo había visto. Dijeron que, según la muerte que había hecho, estaría ya gozando de Dios por causa de que tomó la ropa de la Compañía de Jesús y profesó y le concedieron todas las gracias e indulgencias que para aquella hora tiene la Compañía. A mí me sirvió de más aumentar mis temores por saber que padecía tantas penas.

Se me apareció el difunto vestido de sacerdote. La casulla era de fuego y venía como cuando salen a decir misa. A la hora de expirar, fue manifiesto a mi alma la justicia de mi Dios. Me fue dado luz y conocimiento de lo que yo no me había dolido ni confesado por no haber conocido la culpa que tenía. Me dijo: *En dos cosas se me hizo cargo y fue lo que había hecho en una elección de abadesa: valíme de las letras de los teólogos y aconsejé contra las Reglas y Constituciones. Pensé que era caridad y no lo era. Fui contra la verdad.*

Y también por la poca caridad que tuve de crearme de ligero en lo que oí decir y no averiguar la verdad; sí en haberlo escrito a quien no lo sabía y le quité su crédito con quien la conocía. No pude dolerme de mi culpa ni confesarme de las dos cosas que te he dicho; pero, aunque no me podía confesarme dio el dolor y deseo de confesarlas, si pudiera. Recibí la salud eterna y quedó mi alma salvada⁶⁹.

VALOR DE LA LIMOSNA

Un bienhechor del convento que nos hacía cada mes de limosna cinco reales, estando fuera de esta ciudad en unos negocios, enfermó de muerte. Era eclesiástico, canónigo de esta iglesia de San Nicolás. Así hice rogativas por su salud, mas asegurando la eterna, que era en primer lugar la que le pedía a mi Dios.

Me le mostró en sí mismo en el último trance de la vida, con las agonías y congojas de que en aquella última hora se padece y la cruel guerra que los enemigos hacían, en particular, de la dignidad del sacerdocio, que mi Dios le había puesto, que sólo debía de emplear en cosas de su servicio; mas le hacían cargo de que la había empleado en negocios temporales, de los bienes temporales de esta vida, para aumentos de ellos. Hallábase esta pobre alma en gran conflicto, mostrábame esto mi Dios para que pidiese por ella. Yo, asistida de la caridad de mi gran Dios y Señor, lo hice.

⁶⁹ A pp. 138-140.

Pedíale por sus santísimos méritos asistiese a aquella pobrecica alma y por los de su santísima Madre y también por los de nuestro Padre san Francisco, pues este sacerdote nos había hecho limosna, cada mes de cinco reales. Esto se lo ponía a mi Dios delante para que le favoreciese.

Sentíanse grandes ruidos en el cuarto de este sacerdote, que sus mismos sobrinos estaban muy asustados. La madre de estos caballeros vino a hablarme con grande aflicción y desconsuelo que no sabían qué fuese la causa de estos ruidos.

En esta ocasión mi amante Dios me manifestó en sí mismo lo que padecía aquella alma. Dióme inteligencia la misma alma, que tendría grande alivio y satisfacción de las penas que padecía conque le dijese las misas de san Vicente Ferrer y que continuasen la limosna que hacía en vida, porque le habían sido de grande remedio aquellos cinco reales que había dado cada mes de limosna a este convento, que prosiguiese su hermano, que es un caballero de esta ciudad ⁷⁰.

EL SEÑOR LE MANDA PEDIR POR UNA BIENCHECHORA

Una señora que estaba en Madrid, era título, muy gran bienhechora del convento, porque así el conde como ella habían hecho mucho por esta fundación y siempre siguió con sus limosnas, dióle mi divino Señor una gravísima enfermedad de la cual murió. Mostrómela mi Dios en sí mismo y díjome: “Pide sin cesar por esta alma que yo la amo mucho”.

No la perdí de vista en mi Dios en quien la amaba y correspondíale al cariño que me tenía esta señora. Llévóselo mi Dios para sí, dándome el consuelo y seguridad de su salvación. Mostrómela, como otras veces me suele mostrar a otras almas, padeciendo por sus defectos. Pedíale a mi Dios con aquel incendio de su ardiente amor que comunicaba a mi corazón para que pidiese y la sacase luego del purgatorio.

Mostrándome la misma alma me dijo: “Con lo que saldré luego y tendré libertad de estas penas que padezco, será que le digas al conde me haga decir las misas de san Vicente Ferrer”.

⁷⁰ A pp. 322-323.

Hícelo luego, y el conde como la amaba tanto, luego que recibió el aviso, aquel día mismo, se las hizo decir. Y el alma se me mostró sumamente agradecida y se iba a gozar del sumo bien con inmensa gloria y el premio de su mucha caridad y la que había tenido con esta pobre casa. Dijo le diese las gracias al Conde de la puntualidad con que le había asistido y hecho tanto bien por su alma, que fuese a gozar del bien y hermosura de mi Dios, que nunca tiene ni tendrá fin, este bien y descanso. Yo quedé consoladísima y satisfechísima y piadosamente creo y fío de la gran bondad de mi Dios y Señor ⁷¹.

MUERTE DE SU HERMANA SEBASTIANA

En estos tiempos fue mi Dios servido de manifestarme a mi hermana Sebastiana que la había tenido en lugar de madre. Me había criado con mucha educación y grande amor a la virtud, que la tuvo muy grande y le tuve siempre grande amor y cariño no sólo por lo natural, sino mas por lo que me había ayudado y encaminado a la virtud y amor de ella. Siempre reconocí esta obligación por mayor y que debía reconocerla pidiéndole a mi Dios la satisficiera por mí y que le diese los auxilios eficaces para que consiguiese la mayor dicha de su salvación. Concedíomelo mi divino Señor por ser quien es, que yo no se lo podía haber merecido.

Estando en vísperas un día, no me acuerdo qué día era, el Señor me la mostró como muerta, que le había dado un gran desmayo. Tuve inteligencia que de aquella enfermedad moriría. Todo el tiempo, que le duró, me la mostró mi Dios en sí mismo y con su inmensa caridad movía mi afecto para que la enriqueciese de sus divinos dones, y la recibiese en satisfacción de sus defectos, unidos con sus méritos santísimos, lo mucho que padecía en la enfermedad que llevó con mucha paciencia, igual ánimo y conformidad por su amor.

En este tiempo quiso mi Dios también llevarse para sí un sobrino mío, de algunos diecinueve o veinte años, la edad más peligrosa para la salvación. Esto sólo me daba pena y pedía a mi Dios con grandes ansias. Asegurómelo mi Dios que se salvaría, dándole gran conformidad con la divina voluntad, hizo una muerte con gran edificación y ejemplo de todos los presentes. De allí a cuatro días murió mi hermana y mostrómela mi divino Señor en sí mismo asistida de su santísima Madre y de muchas almas que por la gran caridad que tenía a las almas del purgatorio. Esta caridad se la premió mi Dios con inmensa gloria, que a los pocos días de morir se la llevó mi Dios al eterno descanso y también a mi sobrino ⁷².

⁷¹ A p. 333.

⁷² A p. 332.

LOS PECADORES

Estando una noche en oración a la madrugada, me mostró mi Dios el peligro que tenía un caballero de perder no solo la vida temporal, que le querían matar por los malos pasos que llevaba. Quisieron cogerle una noche en la casa que iba. Lo vi en visión imaginaria cómo le iban persiguiendo para quitarle la vida del cuerpo, mas también le seguía la justicia divina para quitarle la del alma, que la tenía muy irritada, pues a más del pecado del que se dejaba llevar, daba gran escándalo en la ciudad por ser persona de tanta suposición. Yo, viendo que le iban ya los alcances y que mi divino Señor le dejaba como cosa perdida, comencé a clamar viendo que el mayor peligro era el de su salvación, pues no quería recibir las divinas inspiraciones. Supliqué a mi Dios lo librara del peligro que le amenazaba y le diese tiempo para que conociera sus culpas y se arrepintiera de ellas. Se libró de las manos de las criaturas, pero no de la divina Majestad. Le dio un aprieto de pecho que le quitaba la respiración. Los médicos mandaron darle los sacramentos, que estaba con evidente peligro de la vida. Era el 1 de mayo. Yo estaba en cama, que no me había levantado a misa por estar mala del susto que había tomado de haber visto que le querían matar y en el estado que estaba que me apretó un dolor de hijada con tan fuertes vómitos que no me paraba nada en el estómago.

Mi divino Señor, usó siempre de su piedad (le concedió la salud). Vivió siete años y el mismo día que se cumplieron murió como un santo con gran edificación de todos. Y vivió estos siete años con vida muy ejemplar. Le ayudé a padecer las penas del purgatorio que después de muerto se me apareció, diciéndome las penas que tenía, no solo de los pecados mortales, sino también de los veniales. Son tan graves y terribles las penas que se padecen que no es posible explicarme. Me ofrecí a ayudarle, tomándome un año de los que había de padecer en el purgatorio.

Me fue mostrado el peligro que tenía de su salvación una persona seglar que, aunque estaba en Murcia, no era de allí, tenía grandes negocios y todos de mucha conciencia. Este tal estaba enfermo y de peligro. Nadie de la casa se atrevía a decirle que se confesase. Pero su divina Majestad me mandó que le dijese luego a mi confesor en el peligro que estaba aquella alma de su salvación, que se condenaría si no se confesaba luego y hacía órdenes de cristiano, que en las confesiones que hasta ahora había hecho no las había hecho con las condiciones y circunstancias que se requieren para una buena confesión. Cuando se estaba confesando, más estaba en el interés de la ganancia y en el negocio, que es el que más le importaba hacer. Faltaba el dolor, el propósito de la enmienda y el examinar su conciencia como tenía obligación. Todo lo cual dije a mi confesor, aunque con mucha resistencia... Por fin se confesó el enfermo con

grande dolor de haber ofendido a la divina Majestad. Recibió todos los sacramentos y, haciendo actos de dolor muy fervorosos, dio su alma al Creador.

Yo había ofrecido con licencia de mi padre espiritual padecer todo lo que fuera la voluntad de mi Dios. Quiso su divina Majestad que me hallase en espíritu presente y mi Dios me manifestó el juicio que se hacía a aquel alma y los cargos terribles que los demonios le hacían. Yo comencé a clamar y pedir misericordia. Vi cómo mi Padre san Francisco pedía por esta alma alegando la limosna que había hecho a sus hijos. Tuve inteligencia que por esta caridad que había tenido, aunque poca, alcanzó el perdón. Al punto que expiró, vino a mí, manifestando las penas que padecía, que le ayudase para salir de ellas. Eran terribles y espantosas. Dio tan terribles golpes que a toda la comunidad asustó y algunas religiosas que aún estaban durmiendo, las despertó, pensando que era el confesor que venía a decir misa tan de mañana. Yo les dije que no tenían que ir a abrir, que era el caballero que en aquel instante había muerto ⁷³.

TERCERA PARTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

SU MUERTE

Por su parte Úrsula paso sus últimos años con continuas enfermedades, especialmente los dos últimos años de vida. Y ella seguía ofreciendo como siempre lo que había hecho y sus padecimientos por la salvación de los pecadores y por las almas del purgatorio especialmente.

Se refiere que un caballero alicantino falleció poco antes que la Madre Úrsula. Pasados unos días de la muerte del caballero se encontraba Úrsula con otras religiosas en el coro. Las monjas observaron que el rostro de la Madre se puso pálido. Se asustaron pensando que le había llegado la última hora, La sacaron para llevarla a la cama. Una vez recuperada, explicó que el trastorno se había debido a un vehemente impulso de caridad de ofrecerse a padecer por aquel caballero el purgatorio y que al instante experimentó grandes dolores. Tenía dolores en todos los miembros de su cuerpo, tenía un agudo dolor de hijada, padecía grandes ardores interiores y quedó paralítica los dos últimos años y hasta le tenían que dar de comer y beber, aunque al momento lo vomitaba sin retener cosa en el estómago.

⁷³ A pp. 163-164; 224-225.

El día de su muerte comulgó. Su semblante estaba lleno de color, bellísimo, como si estuviera luminoso. El médico le pasó la mano por el rostro no reconociendo señal alguna de lo que buscaba y creyó que esas luces eran maravillosas. Otros testigos confirmaron el hecho. Tenía apretada contra su pecho un crucifijo. Las religiosas quisieron tomarlo de sus manos y no pudieron a pesar de varios intentos, pero una vez difunta, el confesor le dijo: *Madre, deje el santo Cristo* y al instante, lo soltó. La muerte le sobrevino el 3 de enero de 1703 a los 75 años de edad.

MARAVILLAS DESPUÉS DE SU MUERTE

Dice el padre Isidro Sala: Muchas maravillas obró Úrsula en su vida, pero también las continuó después de la muerte. Antes de expirar, advertimos todos los que nos hallamos presentes las varias mutaciones de su rostro, porque unas veces se manifestaba hermosamente encendido, otras veces brillaba como si estuviera luminoso y, dudando el médico si aquellos resplandores serían causados de algún sudor, le pasaba la mano por la cara y, no encontrando señal alguna de sudores, formó perfecto juicio de que aquel brillar era maravilloso, concordando todos los que asistíamos a su muerte en el mismo dictamen.

Luego que expiró, quedó su rostro más hermoso que cuando estaba viva y sobre haber muerto de edad de 75 años nos parecía que no llegaba a los cuarenta⁷⁴.

Los dedos de manos y pies quedaron tan flexibles que se doblaban con la misma facilidad que si viviera. Los brazos y todo el cuerpo se manifestaban a los ojos y al tacto suaves. De modo que en la relación jurada que hicieron los médicos, declararon que parecía estar viva. Y esto fue después de haber estado el cadáver en el féretro desde el martes a las 7 de la mañana en que murió hasta el viernes por la tarde que se hizo el entierro. Y habiéndola dejado sin enterrar en el lugar prevenido para su sepulcro hasta el domingo por la mañana, se advirtió lo mismo y de esta suerte la enterraron⁷⁵.

En el féretro se hizo más admirable, porque conservó el calor en el corazón desde el martes por la mañana en que murió hasta el domingo siguiente que la pusieron en su sepulcro, habiéndose continuado todos los días las experiencias, no solo por las religiosas y personas de autoridad y prudencia, sino también por los médicos de la ciudad. Con la circunstancia de que el segundo día que estaba en el féretro, se advirtió el calor en todo el pecho, de suerte que antes

⁷⁴ Panegírico, pp. 159-160.

⁷⁵ Panegírico, pp. 160-161.

de llegar al contacto inmediato sentía la mano cálida el ambiente y en esta experiencia logré yo la fortuna de ser testigo como también en las que se continuaron después, cuando se retiró este calor al corazón, en donde tenía la cicatriz de la herida que con el dardo de fuego le hizo el ángel y la conservó hasta el viernes por la tarde, que se hizo el entierro pero por continuar la misma experiencia dejaron sin enterrar el cadáver, advirtiéndose en aquella parte un abrigo de calor al aplicar la mano. Y el domingo por la mañana la pusieron en su sepulcro, pero es muy digna de notar la singular maravilla de ese calor, ya que se advertía más activo al tiempo de comulgar la comunidad y levantar el sacerdote la sacramentada hostia en las misas que se decían a la misma comunidad y especialmente en las que cantaban de cuerpo presente aquellos días las comunidades de los religiosos franciscos y capuchinos ⁷⁶.

No causó menos admiración el prodigio que obró desde el féretro con una religiosa de las que vinieron a esta fundación y fue el caso que, padeciendo la dicha religiosa intensísimos dolores de piernas y rodillas que ni de día ni de noche la dejaban sosegar, la visitaron dos médicos y aplicándole cuantas medicinas pudo adquirir el desvelo de su estudio, quedaron frustradas las esperanzas de su salud y la dejaron por tullida e incurable. Tenía tan encogidos los nervios de debajo de las rodillas que de ninguna forma se podía mover y para hacerle la cama, después de tres o cuatro semanas, la habían de bajar tres religiosas en brazos. De esta manera se mantuvo un año y, si por su consuelo la llevaban a misa, las mismas religiosas en brazos, le daba tal trastorno y temblor que los médicos dispusieron que no la movieran de la cama por el peligro de que aquel movimiento le podía quitar la vida.

Continuó con esa penalidad hasta el tránsito de Úrsula que fue el 9 de enero de 1703 y, notificándole las religiosas la hermosura y fragancia de su dichoso cuerpo, le ofrecieron que la llevarían a verla, pero la religiosa tullida, temerosa de su imposibilidad y de que el dolor de contemplarla difunta le había de quitar la vida, se resistió, mas alentándola las religiosas, llegaron cuatro para llevarla en brazos, al mismo tiempo que tuvo impulso de pedir las sandalias que Úrsula había usado en su vida con el seguro de que obrarían la maravilla que se experimentó, pues apenas se las calzó, se puso en pie, libre de toda opresión y dolor, tan ligera que, apartando de sí a todas las religiosas que se habían convocado para llevarla, empezó a dar pasos tan veloces que confiesa en el auto que se recibió que no la podían alcanzar y bajando hasta donde estaba el cuerpo de Úrsula se abrazó de él, inclinando la cabeza sobre su corazón, y, habiendo ejecutado sin cuidado esta acción, sintió en su mismo rostro el calor del corazón, tan activo como si estuviera viva y, cuando pensó la religiosa morir de pena, confiesa en su relación que se bañó toda de gozo y entonces dice que le pidió

⁷⁶ Panegírico, pp. 161-162.

algunas cosas y entre ellas que, si era voluntad de Dios que padeciera aquel accidente que hasta entonces le había tenido tan afligida, que se cumpliera la divina voluntad, pero que si su intercesión le valía para con Dios, deseaba solo algún alivio para poder bajar a confesar, comulgar y oír misa. Acabó sus ruegos y, subiéndose por sus mismos pies hasta lo último de la escalera, la poseyó allí otra vez el accidente, sin duda para que fuese más perceptible la maravilla, de suerte que en una silla la hubieron de llevar las religiosas a la cama, en donde estuvo con la misma opresión que antes, hasta el día que se celebraron sus honras, que fue el 24 de mayo, octava de la Ascensión de Cristo, en cuyo día, deseosa de oír el sermón de sus honras, se acordó que Úrsula había ofrecido hacer cuanto le pidiesen por el Santísimo Sacramento, su enamorado. Entonces poniéndose otra vez las mismas sandalias de Úrsula le pidió por el Santísimo Sacramento, le alcanzase de Dios la salud para poder oír el sermón de sus alabanzas y llevándola dos religiosas hasta la puerta del coro, sintió allí tanto valor que, haciéndola apartar, se entró sola con grande velocidad y se mantuvo en el coro las cuatro horas que duró el sermón y prosiguió con los mismos alientos hasta las seis de la tarde en que se recibió una declaración jurada, quedando admirados los médicos que la habían visitado y los que, asistiéndole en sus enfermedades, la habíamos visto totalmente tullida, y los que para testigos del auto entramos aquella tarde y la vimos pasear por un cuarto con grande agilidad y persevera hasta el día de hoy de la misma suerte, asistiendo por sí sola a oír la misa, a confesar y comulgar y baja a la reja a hablar con algunas personas que encuentran singular consuelo en oír la y hace más maravilloso el prodigio la edad de la religiosa, pues tiene cumplidos 75 años ⁷⁷.

Muchas personas acudieron a rezar ante su cadáver. Venían ciegos, cojos, tullidos y todos se iban consolados. Fue comentado el caso de una persona que tenía las piernas encogidas y sin poder moverlas, con la cabeza pegada al pecho. La llevaron junto al féretro y encontró el alivio que deseaba.

El entierro de la Madre Úrsula tuvo lugar el día 9 de enero, a los seis días de su muerte, prodigiosamente conservado su cuerpo. Al acto asistieron autoridades civiles y religiosas, así como miembros de las comunidades religiosas existentes en Alicante; todos quisieron despedirse por última vez de la capuchina a la que creían dotada de extraordinarias virtudes cristianas. El sermón del P. Isidro Sala en honor de la Madre Micaela se pronunció el 24 de mayo. Mereció que el Cabildo municipal alicantino costeara su publicación. El autor advierte en la presentación del libro, que “no es mi intención el darle el menor culto o veneración ni introducir forma y opinión alguna de santidad”, acorde con los mandatos y práctica de la Iglesia.

⁷⁷ Panegírico, pp. 163-165.

Debido a las acciones e incidencias militares de la guerra de Sucesión, entre partidarios de los aliados y de las tropas borbónicas que tuvieron por escenario la ciudad de Alicante, las monjas capuchinas —hacia 1708— tuvieron que abandonar el convento. Los ingleses entraron en él, ya vacío, y profanaron el cadáver de la Madre Micaela. “Con impiedad —describe un documento del Archivo de las Capuchinas— le echaron una soga a la garganta y la llevaron arrastrando por las calles, hasta San Nicolás, que está en el centro de la ciudad; dejáronla aquí a la Ve. difunta, o de cansados o porque Dios dispuso así para que la viera D. Andrés Sala, cura de la Colegial, y uno de los que la habían asistido en su muerte, que recogió el cadáver y lo volvió al convento, bien maltratado, ya de los golpes que le dieron los herejes en el rostro, ya de la soga en la garganta; pero siempre entero y sin deshacerse, lo que parece no puede suceder sin milagro en un cadáver enterrado de mucho más de un año y por eso hace aún más admirable su incorrupción acredita más la virtud de la Ve. sierva de Dios”.

Cuando esto sucedió cierto caballero cortó una mano por la piedad que siempre le había manifestado, para tenerlo y venerarla, pero le avisó Dios del hurto por una recia enfermedad y conociendo el exceso, restituyó la mano que se conserva separada, pero incorrupta como la otra y todo el resto del cuerpo. Hecho esto, recuperó la salud ⁷⁸.

Hasta hoy día muchas personas confiesan percibir una fragancia finísima en presencia de su cuerpo incorrupto.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente las páginas precedentes, podemos decir llenos de alegría que Dios es admirable en sus santos y que para nosotros sus vidas son un estímulo para vivir nuestra fe, ya que las enseñanzas que la Iglesia nos ha transmitido han sido confirmadas por la experiencia que han tenido los santos en sus propias vidas. Realmente no podemos dejar de anotar que los santos, son las luminarias del mundo, los pararrayos ante tantos pecados de los hombres. Ellos son los que con su vida y experiencia nos indican que el camino del cielo es un camino de luchas y tentaciones, y que no debemos desmayar en el camino, sino seguir adelante a pesar de las limitaciones y debilidades de la vida.

Los santos nos recuerdan continuamente que nuestra meta no es disfrutar de los placeres de este mundo, sino la vida eterna feliz en el cielo. Por eso se preocupan tanto de la conversión de los pecadores y desean la salida del

⁷⁸ Sáez Vidal, o.c., pp. 176-177.

